

REVISTA EUROPEA.

Núm. 148

24 DE DICIEMBRE DE 1876.

AÑO III.

DEL ESTADO ACTUAL

DE LA

POESÍA LÍRICA EN ESPAÑA. (1)

Señores:

Esta sección ha emprendido un trabajo meritorio. Se propone juzgar el estado actual de la literatura española, y claro es que la censura ó el elogio, en tan ilustrado concurso, equivale á la exposicion de leyes y preceptos de crítica estética é histórica, que necesariamente contribuirá á educar el gusto del público y encaminar el de los autores. Ayer la poesía dramática, hoy la lírica, mañana la novela, la historia ó la oratoria, han servido y servirán de materia de estudio y controversia á una juventud brillante y estudiosa que con igual interes se lanza hácia las novedades, con que brinda siempre lo porvenir, como escucha la voz de la sana tradicion de la crítica española.

¿Qué es la poesía lírica? ¿Cuántos y cuáles son sus dominios? ¿En qué se diferencia de la épica y de la dramática? ¿Qué influencia ejerce? ¿De qué nace esa influencia? ¿Qué suerte le cupo al renacer las letras españolas en el comienzo del siglo? ¿Cuáles han sido sus vicisitudes desde Cienfuegos, Arriaza, Melendez, Jovellanos, Reinoso, Lista y Quintana, hasta los últimos acentos de la inspirada lira de Campoamor? Si sobresale y se enseorea entre los demas géneros, ¿á qué debe sus triunfos? ¿Qué hay en la cultura actual que la sirve de incentivo y provocacion? ¿Qué debe á Inglaterra, á Francia ó Alemania? ¿Qué conserva ó debe conservar de la tradicion española? ¿Cuál debe ser su fondo? ¿Qué modelos debe estimar en lo que toca á la forma?

Estos y otros muchos puntos que la discusion iba engendrando en su santa é inagotable fecundidad han ocupado á los señores Revilla, Vidart, Carvajal, Bravo y Tudela, Puelma, Valera, Nuñez de Arce, Rodriguez Correa, Reus, G. Serrano, y bastan estos nombres para que se comprenda la suma de citas y observaciones atinadas, discretísimos juicios, máximas y reglas críticas arrancadas á los misterios de la ciencia estética, que han realzado esta discusion mantenida con la omnimoda libertad y consiguiente

respeto á todas las opiniones, que enaltece los actos de esta afamada corporacion, cuya historia es cumplida probanza de que sin la libertad no es posible la vida espiritual.

Al intentar el resúmen, me sorprende el advertir que no ha sido la contrariedad y divergencia de juicios y pareceres tan radical y diversa como en otras ocasiones. Se debe el caso, en mi sentir, al asunto. Cuanto toca de una manera inmediata á la belleza y á los temas que con ella se relacionan, encuentra una conformidad y acuerdo entre los hombres, que no alcanzan las tésis y definiciones de la verdad, y mucho menos las que se resuelven por el estudio experimental é histórico. Más inmediato y espontáneo el juicio estético en el hombre que el juicio lógico, muestra con mayor claridad la consustancialidad de los espíritus individuales y lo idéntico y fraternal de su naturaleza. Más visible en la belleza que en la verdad el divino sello de armonía que constituye su esencia, con mayor facilidad se resuelven en su estudio, las antinomias que aparecen duras, angulosas y persistentes en el exámen de la razon humana. Por eso en más de una ocasion he recogido con respeto vaticinios y esperanzas de críticos y estéticos de fama, que al parecer entreveían allá en el futuro templo de la ciencia, á la estética ocupando lugar preeminente y como revestida del sagrado magisterio de desvanecer antinomias y oposiciones, aparentes contradicciones y antítesis, que se cree han cristalizado diamantinamente en el espíritu del hombre, á la par que disipaba los misterios y las vacilaciones nacidas de ese dualismo quimérico, entre espíritu y cuerpo, forma y fondo, espíritu y materia. ¿Dónde el espíritu y la materia, el fondo y la forma, el accidente y la sustancia, en la estatua de Fidias, en la oda de Píndaro ó en la sinfonía de Beethoven? Por eso he recordado muchas veces con amor, pensamientos de Lessing, Schiller, Diderot y Lamartine acerca de la eficacia é influencia del arte en la vida, no sólo educando, sino instruyendo con un espíritu más sano, más limpio, más religioso y filosófico que muchos libros tenidos por religiosos y filosóficos, que nada instruye de manera más religiosa y filosófica que lo que lleva al espíritu del hombre á la contemplacion del orden, del ritmo, de la armonía y de la unidad, ideas madres, verdaderas lenguas de fuego que iluminan la razon humana.

(1) Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid en la noche del 16 de Octubre de 1876.

¡Oh! el día que la verdad se agigante tanto en nuestra razón que podamos de igual manera penetrar el oculto vínculo que une á Platon con Aristóteles, á Parménides con Demócrito, á Averroes con San Buenaventura, á Descartes con Bacon, á Leibnitz con Kant ó Fichte, á Bossuet ó Fenelon con Hegel ó Krause, será la ciencia verdadera ciencia, y el estudio la santa purificación de pasiones y rencores de que nos hablaba el inmortal discípulo de Sócrates.

¡Pero hasta ahora, el caso es privilegio de la belleza; ni la ciencia ni la vida consiguen tanta hermosura y bienandanza!

Ha sido unánime opinión y juicio de los oradores aquí aplaudidos, que la poesía lírica es la que sobresale en este siglo, y que sus glorias son tantas y tales, que oscurecen los merecimientos de la lírica antigua, así de la edad clásica como de los períodos más afamados de la moderna. Es verdad. La poesía lírica en Europa y en América en el curso de este siglo ha conseguido triunfos y grandezas que no alcanzó en ninguna de las edades pasadas.

¿Por qué? No son muchas las razones: no hay más que una, y es, que la historia desde la caída de la Edad antigua á los días de hoy, en una gestación dolorosa ha creado al hombre, al individuo, al ser personal y libre, y la personalidad humana es el sujeto y la materia de la poesía lírica. De aquí que la poesía lírica sea la poesía de la libertad en todos los órdenes y en todas las esferas; de aquí que sea la musa de los atrevimientos, de la santa audacia del pensamiento, de los heroísmos de la voluntad, de los amores y torturas del sentimiento. Por eso son tan vastos sus dominios y tan delicada y numerosa la gamma de sus variedades, desde el himno épico aún, hasta el dístico humorístico de Heine, pasando por todas las formas de la métrica, por todas las armonías de la rítmica, por todos los conciertos de la versificación. Agotan los estéticos los términos de la clasificación para descubrir las variedades de la poesía lírica, que, partiendo del género épico, llega por lentas gradaciones hasta la fórmula más individual y espontánea del *humor*, que es el grado máximo y óptimo de la subjetividad artística.

No sería difícil seguir en la historia de la poesía la sucesiva aparición de cada una de las variedades de la poesía lírica, concertando con el movimiento religioso, filosófico y político que iba creando al individuo. Desde el himno Védico, el salmo Hebráico y el himno Homérico, hasta la oda Pindárica, media toda la civilización helénica y el crecimiento de las escuelas filosóficas y de las formas democráticas, y sin embargo, Pindaro no es un poeta lírico, en la recta acepción de la palabra. Sus imágenes, sus formas de expresión, están tomadas, copiadas

de la realidad pictórica y escultural que se mueve á su vista; sus sentimientos son los de la muchedumbre que asiste al triunfo, ó los de la ciudad ennoblecida por el triunfador. Raras veces se trasluce en la sabia y musical combinación de la estrofa Pindárica el sentimiento peculiar, la inspiración individual del artista. ¿En qué consiste el lirismo de Píndaro? En el movimiento ascendente y arrebatado de su oda, en la impetuosidad de su enunciación, en las transiciones, pausas y redoblamiento de entusiasmo que se advierte en la procesión de sus imágenes y conceptos. Es aún el coro, la poesía coral, inmediata derivación del género épico. La lírica sensual da mayores pasos en manos de los anacreónticos, y los líricos latinos señalan la diferencia que hay entre el siglo de Augusto y el de Pindaro, entre los tiempos anteriores y los posteriores á Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon y Epicuro, entre los tiempos anteriores y posteriores á los Gracos y Sila, Mario y Catilina, Julio César y Augusto. Horacio revela esa diferencia y la marca; pero aún el favorito de Mecenas; el poeta laureado de Augusto, esconde su propio pensamiento y se limita á cantar el tranquilo y sosegado bienestar que le rodea, debido á la riqueza y al silencio de la conciencia. Un paso más importante en esta evolución da la poesía lírica en manos de los satíricos latinos, los más líricos de la poesía antigua, y el estoicismo y el cristianismo completan la revelación interior que ha de encender el foco sagrado de la lírica.

La Edad Media es la edad de los géneros y de las especies, no del individuo. Apenas se vislumbra la lírica entre las oleadas de poesía heroica y religiosa que se desbordan del seno de las antiguas y de las nuevas razas. Como un eco perdido ó como un prelude se recogen vislumbres y rasgos en la poesía latina de esta edad, y en aquella otra maldecida de la Iglesia y tachada de impía, la provenzal; pero en el agitado suelo de Italia, y después de las épicas contiendas de Tomistas y Escoltistas, un precursor del Renacimiento, un precursor de ideas democráticas, que recibía la herencia de Arnaldo de Brescia y de Rienci, un hombre de la Edad Moderna, Petrarca, anuncia el advenimiento de la poesía lírica. Laura es un símbolo en la historia literaria. ¿Qué importa que casada, rodeada de numerosa prole y rendida por los años, no responda á las graciosas imágenes del poeta? El poeta la mira y la adora pura, inalterable, perfecta, fuera del tiempo y del espacio, como foco interno de creación incesante, y vueltos los ojos al interior, siente inenarrables delicias mirando este desdoblamiento de su alma!

Dura es la historia del siglo que va desde los últimos días de Petrarca, el primer poeta lírico, al siglo

de Lutero, el lírico del pensamiento humano; pero el Petrarquismo cundía y se propagaba en Europa, á la manera que se extendían las ideas que debían emancipar el estado llano, y poner término á las gestas del feudalismo; y circunscribiéndonos á nuestra España, lucha con Micer Francisco Imperial, se enseñorea de la corte de D. Juan II, domina en los cancioneros, y por último, un soldado de Carlos V, más afortunado que el Emperador, asegura en España y para siempre el imperio de la poesía lírica. ¡Gloria á Garcilaso de la Vega, el creador de la poesía lírica en la literatura castellana!

Los que no ven en el ilustre cantor de Elisa y de Flérida más que un feliz innovador de la métrica castellana, y no descubren en la lucha con la escuela de Castillejo otra cosa que una pelea literaria sobre el valor del endecasílabo, se engañan lastimosamente. Más alto y más hondo era el problema. Recordemos era aquel el siglo de Lutero, y que esta libérrima espontaneidad del poeta obedecía punto por punto á las conclusiones del reformador y del filósofo que fundaba el libre exámen. Si al pensador le bastaba su propia razón y descansaba en la certeza que su labor intelectual le procuraba, el poeta confiaba en su genio y en la verdad de sus sentimientos, y sin otro guía que su propia emoción daba al viento sus esperanzas ó sus quejas.

La crítica escribe una hipérbole al hablar de la escuela de Garcilaso. El dulcísimo poeta dejó las magníficas vestiduras con que había revestido su creación artística, pero la creación bajó con él á la tumba. Pasados los días soberbios y gloriosos de Carlos V, entristecido el genio nacional, enconado y enardecido por la lucha con los luteranos y con el luteranismo, aquí y allá y en todas partes, ya no pensó en transigir, como en los días del Interin, sino en vencer con la espada, con la hoguera, con el argumento y con la oración.—¿Qué mucho que tan larga historia de sangrienta é inquisitorial oposición á la vida moderna, engendrara de nuevo la exaltación épica de nuestro pueblo en el siglo de los Felipes, renovando en nuestro teatro y en nuestra poesía el espíritu de los siglos de los Fernandos y de los Alfonsos, creyéndose de nuevo los españoles el pueblo elegido para salvar ahora al mundo del luteranismo, como lo salvaron en la Edad Media del alfanje mahometano?

Nuestros líricos del siglo XVI son líricos á la manera de los poetas griegos y latinos; líricos á la manera de los poetas hebraicos; no lo son como lo había sido Garcilaso de la Vega. El renacimiento de un lado y la desconfianza de la propia inspiración motivan el hecho, y sólo se descubren excepciones en la lírica religiosa, que obedecía, como todo el misticismo español, á un espíritu de libertad, conseguida, no por la vía racional, sino por la iluminati-

va, que más rápida y derechamente conduce, según la lección de aquellos Doctores, á la posesión de lo amado, que es el bien sumo, la verdad excelsa y el perfecto amor. En Fray Luis de León, en San Juan de la Cruz y en la poesía mística del siglo XVII, es donde se descubren rasgos de esta poesía lírica que tanto han encomiado por sus caracteres subjetivos los oradores que han intervenido en el debate.

No es del momento tejer la historia de las variedades de la lírica durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Quede la tarea para mejor ocasión; pero si bien algunas de ellas, como la lírica sensual, adelantán, el sentimiento y el concepto, piedras de la inspiración lírica, quedan como queda la personalidad humana bajo los tristes días de los Felipes y los primeros Borbones.

Con razón, por lo tanto, los Sres. Revilla, Valera y Correa sostenían era la lírica fruta de siglo XIX; con razón indicaba el Sr. Reus que presidía este género al renacimiento político y liberal de nuestro pueblo, y no era la musa lírica tímida doncella que huía del fragor del combate y del estruendo de las revoluciones. A priori, y conociendo la índole de la lírica, bien puede afirmarse que el siglo que ha sido apellidado de las revoluciones, será el siglo de los poetas líricos.

Yo lo decía en otra ocasión y en este mismo sitio. El siglo es heterodoxo; el arte es heterodoxo, y la poesía lírica es la forma que expresa de mejor y más cumplida manera esa heterodoxia, cuya esencia, como afirmaba Bossuet, era la variedad y que yo comentaré añadiendo la variedad multiplicada por la diversidad infinita de lo individual.

Abren la historia del siglo Arriaza y Quintana. En uno y otro se reflejan las pasiones de aquella generación; pero Quintana, por la severidad de su carácter y por la virilidad y grandilocuencia de su inspiración, oscurece á Arriaza hasta el punto de condenarle á un olvido que no es justo, porque Arriaza es un excelente poeta. Quintana, si abandona el amaneramiento de la escuela pseudoclásica del siglo pasado; si evoca con poderosa inspiración las grandes y consoladoras musas de la patria, del progreso y de la libertad; si personifica con una vehemencia patriótica, embriagadora, el sagrado momento de la historia nacional que se llama guerra de la Independencia, y con majestad no vista narra las conquistas de la ciencia, compitiendo la estructura y perfección del metro y el ritmo con la gallardía del estilo y la pureza del lenguaje, no hay en su lira más cuerdas que las de patria y libertad, y raras veces brilla el sentimiento en sus cantos. Más variado D. J. N. Gallego y más rico en emociones, compite con Quintana en virilidad é inspiración patriótica, y le aventaja en corrección y elegancia, dejando en sus elegías

eterno é incomparable modelo de vivo y profundo sentimiento. Tras Gallego, el Duque de Frias, poeta elegantísimo, tierno y afectuoso; y con Gallego y Frias la llamada escuela sevillana, Reinoso, el inolvidable Lista, sus discípulos Bueno y Rodriguez, Zapata, Fernandez Espino y Amador de los Rios. No se perdió en la revuelta de los tiempos este gusto y esta escuela clásica, tan duramente motejada hoy y tenida en ménos por los novísimos poetas, que entienden cuidaba sólo de la forma, del metro y del epíteto, y que, aseando y acicalando lenguajes y rimas, cayó en vana garrulería.—Tras Quintana, Gallego, Frias, Lista y sus discípulos, aún figuran los nombres de Ventura de la Vega, Rafael María Baralt, Emilio Olloqui y Cervino, cuyas odas muy conocidas de cuantos me escuchan, á la *Agitacion*, á *Colón*, á *España*, á la *Batalla de Bailén*, á la *Música*, y á la *Fe cristiana*, quedan y quedarán, desafiando esas injusticias (siempre pasajeras) del gusto de nuestros días; y no he de olvidar que Narciso Campillo mantiene con gloria en Madrid la tradicion, en tanto que los esposos Lamarque y F. de Gabriel y Apodaca la recuerdan con aplauso en Sevilla.

No daba, en mi sentir, en el blanco el Sr. Vidart al tener por olvidada la inspiracion que denominaba clásica ó sevillana, culpando á sus mantenedores de atildamiento en el lenguaje, de redundancia enojosa, de falta de pensamiento, en fin, que se encubre con las galas del llamado dialecto poético y con los encantos de una metrificación sonora. Ni Gallego ni Lista entre los maestros, ni V. de la Vega ni Olloqui entre los continuadores, ni los que ántes cité, merecen esas censuras, que nacen, en mi sentir, de un error crítico ámpliamente discutido en esta academia y en esta ocasion.

¡Poetas de forma, poetas de fondo! decíase á cada momento.

¿Qué es el fondo, qué es la forma? preguntaba con verdadera intencion científica el Sr. Reus. La forma, decía el Sr. Valera, es un encanto misterioso con que reviste el artista sus sentimientos, obligando á todo corazón á palpar y sentir allí donde ha llorado el del poeta. La forma en el arte, decía elocuentemente el Sr. Carvajal, es la belleza. Yo así lo creo.

Tendrá el pensamiento, el propósito, la intencion del autor toda la importancia que se quiera en el dominio de la ciencia; pero sólo por la forma es pensamiento artístico, porque no es la poesía otra cosa que la representacion en forma sensible, por medio de la imágen, de la belleza; y sólo corporizada de esta suerte entra en el dominio de la fantasía creadora, y sólo como forma y siendo forma, figuracion y representacion sensible de lo concebido por la fantasía, sirve al arte y es material, propio y primero de la poesía.

Entelequia y forma primera ó sustancial si se quiere, pero forma al fin, que, creciendo y abultándose, llega á la manifestacion correlativa y adecuada, desde la concepcion de la fantasía hasta la última maravilla rítmica que engendra la ordenacion de los acentos. Entiendo que no es hacedero distinguir en el arte el fondo de la forma: entiendo que es matar la poesía y volver á las enseñanzas del marqués de Santillana, de que era la poesía «fermosa cobertera de cosas útiles,» distinguir forma y fondo en la poesía lírica, y la verdadera poesía resiste ese análisis, como el cuerpo simple al crisol y al reactivo.

Concepcion, ordenamiento, metro, rima, brota con ardiente espontaneidad del fondo del genio artístico; tan íntimo y propio como la métrica, es el lenguaje la disposicion y la sucesion espontánea del pensamiento artístico en la continuacion de las estrofas. Todo cristaliza de golpe en la fantasía creadora, por la dichosa ley de armonía que preside á las cualidades y condiciones de la belleza.

¡Desgraciado el poeta que anda á vueltas con la forma externa, la gramatical ó prosódica! ¡Es el estatuario á quien se le muestra indócil y rebelde el mármol!

Yo bien sé que si á fines del siglo pasado, Sedano y Luyando abrieron ruda campaña contra la rima, teniendo por insufrible lo que ellos llamaban el cascabeleo del consonante, y sostenían que el verso blanco era el único lícito y de verdadera prosapia literaria; que años despues, el metro sufrió igual censura, y la prosa de Chateaubriand y su escuela, y los ejemplos de Quinet en su *Ahasverus* y sus imitadores, hicieron creer á muchos que el fondo era cosa independiente de la forma, y recuerdo hubo há pocos años en Francia quien intentó *Poesías líricas en prosa*. Yo bien sé que se ha entendido que la poesía era sólo el pensamiento y bastaba su enunciacion para crear verdadera poesía; pero unas y otras enseñanzas son atentatorias á la verdad estética.

El arte no es la Idea; es la representacion sensible de la Idea. La ciencia es bella; pero no es belleza artística la que descubrimos en la verdad, y sólo confundiendo la belleza natural con la artística puede llegarse á las poesías líricas en prosa de Mr. Livron.

Trae como por la mano esta discusion del fondo y de la forma la historia del segundo grupo de los poetas de este siglo, la del grupo romántico. Tornaron los emigrados que la reaccion de 1823 arrojó á playas extranjeras. De Inglaterra y Francia trajeron gustos y aficiones literarias. Prepararon con su ejemplo y con sus consejos críticos la explosion de la escuela romántica, acaudillada por la imperial y régia fantasía del duque de Rivas, por

Espronceda y por Zorrilla, y seguida por Santos Alvarez, Enrique Gil, Castro y Orozco, Pastor Díaz, Arolas, Roca de Togores, Cueto, Romero Larrañaga, Escosura, Alonso, Ochoa, Gil y Zárate, Fernandez Guerra (padre é hijo), Ariza, Cañete, Pedroso, Zea, Orgaz, y tantos otros que fuera enojoso citar y que merecen singular aplauso.

¡Cuánta variedad en esta pléyade ilustre de poetas que expresan con vivacidad entusiasta el alboroz y juvenil expansion de la libertad! Corrian unos tras la torva y desesperada de Byron y Shelley; admiraban otros el genio de V. Hugo en las odas y baladas ó en las orientales; seguían no pocos el espíritu melancólico y creyente del autor de las *Meditaciones* y las *Armonías*; estos á Manzoni, y la juventud bebía ansiosa aquellas enseñanzas y modelos que en *El Correo Nacional*, en *El Español*, fundado por Borrego, en *El Artista*, llevaban por do quiera el gusto del nuevo arte, exaltando la fantasía del público en un grado que hoy parece inverosímil. Yo no he de recordar los romances y odas de D. Angel Saavedra; la inspiracion de Espronceda y Zorrilla; el canto á *Jarifa* del uno y las *Hojas secas* del otro; los *Pobres niños*, de Santos Alvarez; la oda á la *Libertad*, de Gil y Zárate; el *Sayon* y el de la *Cruz colorada*, de Romero Larrañaga; *El bulto vestido de negro capuz*, de Escosura; los *Romances á la condesa del Montijo*, de Roca de Togores; los cantos á *Dios*, á *Napoleon* y las *Orientales*, de Arolas; las leyendas de Cueto; las estrofas á su hijo *Carlos*, de Ochoa; la composicion á *Higiara*, de Fernandez Guerra, que no tiene rival en la poesía erótica castellana; las rimas elegantísimas y viriles de Cañete, el abundoso H. Garcia de Quevedo, el marqués de Auñón, y tantos otros como sin duda saboreais con el recuerdo. Cabría asimismo estudiar en este curiosísimo grupo cómo intentaban amoldar á la nueva práctica las tradiciones literarias, cómo propendían estos á la poesía inglesa y aquellos á la forma de Lamartine ó Hugo, cómo pedían unos y otros á la forma grandes auxilios, inventando todo género de combinaciones métricas y rítmicas, renovando el dialecto poético y violentando la lengua para que se doblase á una exigencia prosódica ó métrica, y cómo más, mucho más que la escuela clásica contribuye al adelanto de la lirica.

Pero basta á mi propósito indicar, como ya lo hizo el Sr. Valera, que no se debe á la escuela romántica, cuyos principales mantenedores he recordado, la teoría del fondo opuesto á la forma, sino que cultivaban la forma cuanto estaba en su mano y cifraban en ella sus cuidados. No pasaba su libertad de aquella inocente en la variedad de metros y multiformes rimas, y de algun desapego á la oda solemne de Quintana, Gallego y duque de Frias.

Hoy se les acusa porque cantaban ideales muer-

tos. ¡Como si los recuerdos y las doctrinas que cantaban hubieran muerto ni pudieran morir, como decía elocuentemente el Sr. Carvajal! ¡Como si no fuera legítimo el recuerdo y fuente de abundosa inspiracion lo pasado, como con singular elegancia demostró el Sr. Puelma!

Es una verdad primera en materias críticas que cuanto ha sido santificado por el arte, por la historia ó por la religion será perenne é inagotable fuente de inspiraciones. No cerremos los horizontes ni al Oriente ni al Occidente. ¡Que sean infinitos, como es infinito el espíritu humano! Hoy, hoy influyen en las artes figurativas, de la misma manera en las artes espirituales, las civilizaciones del último Oriente de Asia; hoy el arte chino, y el japonés, y el indio, y el de Egipto se estudian con avidez, y no pocos poetas encuentran luz y guia en la contemplacion de aquellas civilizaciones.—¿Cómo no encontrarlas en Grecia y en Roma, en los Provenzales y en los Romanceros y poemas, en las creaciones místicas y simbólicas de los siglos de Alfonso el Sabio, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, del Dante y la *Divina Comedia*?—¿Cómo no postrarse, sintiendo la belleza, ante el Apolo de Belvedere ó al leer los cantos homéricos ó al admirar el Dante ó la catedral de Toledo ó de Colonia?

Cuanto encarna la belleza es inmortal. Los ideales no mueren. Cuanto verdaderamente siente ó piensa el hombre, es legítimo en el terreno del arte. No hay más que un precepto para los artistas en esta materia, y el precepto es este: realidad, belleza; que sean bellas vuestras obras.

Era bandera muy seguida en aquel período artístico la máxima de «el arte por el arte,» y no cuidaban nuestros poetas sino de conmover y deleitar á sus oyentes y lectores. Como blasfemia hubiera resonado entónces esta teoría del arte docente, que cuenta hoy con tantos partidarios y cuya aparicion se enlaza con otros períodos de la historia contemporánea.

Pasó el gusto romántico, no la libertad que proclamó; y si el arte aceptó esa libertad como ley, la poesía lirica la conservó como ley y como inspiracion. Se apagaron los últimos ecos de la escuela romántica por los años de 1846, y desde entónces quedó de hecho y de derecho en el arte la libertad de la inspiracion, que no ménos que esta conquista significa en la historia, el predominio de la escuela romántica.

Desde entónces es pueril hablar de clásicos y románticos, peligroso hablar de escuelas; pero quedó declarado que la poesía lirica era esencialmente subjetiva; quedó declarado que el poeta lirico no copiaba la imágen, sino que la creaba; no se asemejaba al pintor ni al escultor, sino al músico, creando melodías y armonías; no era la voz de su

edad ni el órgano de su raza ó de su pueblo, sino la voz de sí mismo, el órgano de su conciencia; no debía expresar Dios, el mundo y la naturaleza, como en la generalidad del pensamiento ó del sentido se declaraban y decían, sino como su espíritu los concebía, de una manera personal y según el genio peculiar de esa personalidad; pero siempre hermosamente comprendido y perfectamente expresado.

Para que el florecimiento romántico alcanzara todo género de lauros, la benéfica influencia de dos ilustres poetisas, Gertrudis Avellaneda y Carolina Coronado, templó con las sensibilidades propias del sexo, las ardorosas fantasías de los poetas románticos. Varonil y arrebatada la primera, reflejando la viveza del sol tropical en su fastuoso estilo y en su vehemente dición; limpia y tersa en su estilo la segunda, derrama tesoros de ternura y muestra delicadísimo ingenio en sus fáciles y correctísimas inspiraciones. No hay en la poesía española nombres más gloriosos, en el sexo que ilustró Teresa de Jesús como prosista. Figuran en lugar preeminente en el grupo romántico, y sus obras acreditan la agitación y la viva ansiedad que despertó el romanticismo y las nuevas fuerzas que evocaba la poesía lírica del seno de la sociedad española.

La revolución francesa, propagada á Italia, á Alemania y á Hungría, puso en comunicación más íntima el pensamiento de los nuestros con los extranjeros.

Los poetas que figuran en este período y en los años que siguen hasta 1856 obedecen á muy diversas influencias. No forman escuela. La individualidad se revela cada vez con mayor energía. La expresión es más íntima. Quizá es mayor la originalidad; ¿no era mayor y más respetada la individualidad en el orden político?

No he de pasar en silencio, prosiguiendo esta historia, que un poeta elegantísimo, discreto, ingenioso, consumado hablista y educado en el estudio de la literatura inglesa, D. J. J. de Mora, importó por entonces el humorismo anglo-sajón, que, si no es aún el humor germano sublimado por algunas escuelas estéticas de Alemania, es ya de la familia del proclamado por los discípulos de J. P. Richter. No cabe duda que el humorismo ensanchó la fronteras de la poesía lírica; la desnudó de la severidad académica que recomendaban las escuelas tradicional y sevillana, y señaló un paso más, legítimo á todas luces, hácia esa revelación interior y espontánea que constituye la deseada meta en este género poético.

Concordaba sin duda este sesgo de la poesía con la influencia de A. de Musset, que sucedió á la de Lamartine y Hugo en el gusto de nuestra juventud, y todas estas causas, y las agitaciones de 1854 y 1856, completaron la educación literaria de este

nuevo grupo de poetas que no consienten clasificación general y que llamaría yo independiente.

Con razón, ántes de ir más allá, debo recordar el juicio del Sr. Rodríguez Correa sobre un poeta murciano que se colocó entonces en puesto muy principal. Niño entonces, recuerdo la viva impresión que produjo el artículo inimitable, joya de crítica y prenda de espíritu nobilísimo, que publicó *El Herald*, anunciando la aparición de un astro en el cielo de la poesía española. Cañete no ha escrito nunca mejor. El poeta era Selgas. Aplaudimos todos al ministro conde de San Luis, que se honró erigiéndose en Mecenas del oscuro cantor de las flores, y devoramos la *Primavera*, que abría á nuestra fantasía un mundo nuevo. ¿Dónde encontró Selgas aquella inspiración? En su alma y nada más que en su alma, y en la gentil libertad de su espíritu; y, sin embargo, si hoy acometiéramos la empresa, no tardaríamos en encontrar en las colecciones alemanas, principalmente en los cultivadores eruditos del *Lied*, rasgos y vislumbres de la dulcísima y delicada inspiración del autor de la *Primavera*.

La naturaleza pocas veces ha inspirado á nuestros líricos. Van á América, y aquella naturaleza ni pasma ni conmueve á excelentes y grandes poetas. Algunos períodos de Garcilaso, de Rioja, del bachiller Francisco de la Torre son los precursores de esta profunda inspiración de Selgas, que mira á la naturaleza como un espejo en que se refleja lo divino y lo humano.

Otro ingenio verdaderamente poético contribuyó poderosamente á acaudalar la inspiración española, y es el primero á quien le cabe la gloria de traer sabor germánico en sus cantos. E. F. Sanz, al regresar de Berlín, hizo resonar con suma discreción y delicadeza notas germánicas en nuestra poesía; y la tradición de Uhland, Grun, Ruckert y el mismo Heine cruzó, y no en vano, por los campos de nuestra literatura.

Dacarrete y Arnao, aquel con sus exquisitas cantilenas, tan ricas de sentimientos como transparentes y limpias en la forma, éste con sus *Himnos y quejas*, señalaban nuevos aspectos y fases de la poesía, contribuyendo de una manera más eficaz Valera con sus *Poesías* líricas. Con la elegancia que le es ingénita, la pulcritud y el maravilloso arte que encanta cuanto su pluma toca, familiarizó á nuestra juventud con las inspiraciones extranjeras de más valía, mostrándose al propio tiempo excelente continuador del gusto doctamente clásico de Gallego y Frias.

Sobresale entre los líricos de este grupo independiente A. L. de Ayala que figura en la lírica, con merecimientos iguales á los que alcanza en la poesía escénica. Sus poemas dan clarísimo testimonio de que no existe contradicción de ninguna especie

entre lo que se llama forma y fondo por algunos críticos y que no obsta la magnificencia y elegancia de la forma, á una inspiracion profunda, severa, hermosamente viril y sentenciosa. Ayala es un modelo en el género lírico. ¿Por qué no retornará á la vida del arte, poeta tan esclarecido, y á quien negó Dios visiblemente el don del acierto en la vida política?

No basta muerte temprana para borrar la memoria de Monroy y de Bernardo Lopez Garcia. Niños aún bajaron á la tumba, pero su nombre quedará en la historia de la lírica castellana. Educado el primero en el seno de la juventud inquieta que preparaba con sus estudios filosóficos y sus teorías económicas la futura revolucion, consagró á la lírica *ideal* (como dicen los estéticos) los impulsos generosos de un espíritu osado y de un gusto exquisito. El canto de la idea, el canto á la razon, hubiera encontrado un alto intérprete en Monroy, sin que lo profundo del pensamiento desluciera lo vistoso y simpático de la expresion.

Más lleno de la inspiracion de Quintana y tendiendo al carácter de Espronceda, Lopez Garcia fundió en acertado maridaje los caracteres de las dos escuelas, mostrando siempre briosa inspiracion y singular gallardía en el estilo.

Crecía el tumulto y agitacion del espíritu en nuestra España. Pintan esta agitacion, que va desde 1860 á 1868, Carlos Rubio, con el vuelo de su potente pero desarreglada imaginacion, en las que la influencia de Goethe, Schiller, Mitzkiewitz y Quinet es visible; el fácil Manuel del Palacio, tan vario como elegante; la sóbria, salmantina, profunda y popular inspiracion de V. Ruiz Aguilera; el humorismo que centellea en P. A. de Alarcon; y cierra con llave de oro el periodo señalado un poeta que á intento coloco aquí como resúmen y compendio de todas las agitaciones del espíritu español desde 1830 á 1868. Aludo á Tassara.

No es hacedero el elogio de Tassara. Es, en mi sentir, uno de los grandes líricos de este siglo. Es romántico y clásico, vehemente, libre en su pensamiento, personalísimo en la concepcion y en el lenguaje y no desmerece comparado con los mejores cultivadores de la tradicion clásica. Vuela su fantasía, pero tan fácil y sostenido es el vuelo, que parece su natural manera de ser. Tan clara es su intuicion y tan viva, que va siempre llena y como poblada de mil pensamientos que la siguen formando enjambres de ideas en torno suyo. Adora el arte por el arte, y es profeta y maestro por la soberana alteza de su concepcion. En sus cantos se ve pasar hermosamente recreado cuanto ha sentido la sociedad española, aborrecido ó amado el genio español en este siglo.

Lleno de la inspiracion lírica, la impone á los de-

mas géneros, y sus ensayos épicos atestiguan hasta qué punto la inspiracion dominante avasalla las demas y las somete á su dominio y señorío.

Sobreviene la crisis más profunda y en mi juicio más saludable de la historia española, en 1868, y aquel violento estremecimiento de la sociedad entera, imprime sello ó da significacion y trascendencia, como se dice ahora, á tres poetas, cuyo influjo, segun atestiguan estas disertaciones y me demuestran las colecciones de poesías de noveles poetas que llegan á mis manos de Sevilla, Valencia ó Asturias, es vivo y va en creciente. Esos poetas son Becquer, Campoamor y Nuñez de Arce.

Si no cumpliera un deber didáctico este ilustre instituto, y los nombres de los tres queridísimos amigos que acabo de señalar no representarían, al decir de los más, las escuelas poéticas que hoy se disputan el favor público, aquí haría punto; porque es enojoso examinar merecimientos de amigos. Pero las principales controversias que se han mantenido giran en torno de estos nombres, y su exámen únicamente puede legitimar el leal consejo que la crítica debe á la juventud y al público.

No es esto decir que la inspiracion, opuesta ó diferente de lo que representan estos poetas, haya enmudecido. Todos recordamos con lágrimas en los ojos el nombre de Martinez Guetero (Larmig), cuyo gusto delicado no servía de traba á la más hermosa exaltacion lírica; aún saboreamos las bellezas innumerables de la oda al Concilio del Vaticano, de Sanchez de Castro, y la inolvidable de Gabino Tejado al mismo asunto, escrita con la pluma de Manzoni, y no he de pasar en silencio que merece particular estima Grilo, por su elevacion y gusto literario, y cuyo nombre dejará gloriosa estela si continúa escribiendo con la rara perfeccion que caracteriza su cancion *Al campo*, dechado de serena majestad y abundante en felicísimas inspiraciones. Pero estos y otros nombres no desvirtúan el anterior aserto de que en Becquer, Campoamor y Nuñez de Arce se cifra el interes actual de la crítica, ni tampoco que la influencia que ejercen aconseja mayor severidad en el exámen y juicio.

Antes de abordar el tema, afirmemos que la vida literaria de Becquer comienza con la publicacion de sus poesías, debida al noble empeño de sus buenos amigos. ¡Su vida de hombre, para los que muchas veces intentamos consolar sus calladas y sombrías penas, merece el más profundo respeto, el más sentido y compasivo recuerdo! Hablemos sólo del poeta.

Campoamor, es cierto que era el gran poeta de las *Doloras*, de los *Cantares* y de *Colon* antes de 1868; pero desde esta fecha es el autor del *Drama universal* y de los *Pequeños poemas*, y por aquellos misterios que sólo se ven en las letras, el

segundo poeta hace olvidar al primero, no sé si por sus merecimientos literarios, pero seguramente por su espíritu innovador y su audacia revolucionaria, al punto que debe ser tenido como la encarnación viva y briosa de la revolución en la esfera del arte.

También era Nuñez de Arce aplaudido hace años; pero la crítica estudia con predilección *Los gritos del combate*, expresión acabada de su genialidad poética y de su espíritu y tendencia.

Viniendo al asunto, recordaré que sostenían los señores Vidart y Revilla que reflejaba G. Becquer el gusto de la poesía germánica, y principalmente el de Heine. Los señores Valera y Rodríguez Correa sostuvieron con razón que fué Becquer ajeno á esos estudios, y que la influencia, si la hubo, fué la general que se percibía desde los tiempos de Sanz, Dacarrete y Selgas, y en las inquietudes y aspiraciones del último período. Los críticos franceses distinguen entre la poesía de empeño, la oda, la elegía, la sátira, etc., y la poesía ligera y fugitiva, que consiste en el soneto, en el madrigal, en el epigrama, en la letrilla, en esas innumerables combinaciones métricas, en las que esculpe ó cincela el poeta un pensamiento, fija una impresión, consagra un recuerdo ó eterniza una esperanza. Cultivados estos géneros como poesía de circunstancias por nuestros antiguos poetas de los siglos XVII y XVIII, en manos de Becquer crecieron en importancia hasta ocupar lugar principal, oscureciendo á los demás.

No hay gerarquías en el arte: todos los géneros son excelentes y primeros, y la extensión del poema no implica ni desaciertos ni fortunas; pero debo la advertencia á los imitadores de Becquer de que es difícilísimo este género. La razón es obvia. La mayor parte de las condiciones del poeta lírico campean más holgadamente y se producen con mayor facilidad en las formas amplias de la poesía lírica, porque la gradación de la fantasía, hasta llegar á la inspiración genial, se acentúa en el trascurso de la creación artística. El estro poético, la abundancia, la sucesiva inspiración de unas ideas por otras en el curso espontáneo de la fantasía; la majestad, las transiciones; en una palabra, la exaltación que estudiaban los antiguos calificándola de bello desorden, á falta de espacio y teatro en el madrigal, en el soneto, en la endecha, en las coplas de pie quebrado, ha de concentrarse en un destello vivísimo del genio, inesperado y deslumbrador, como riquísimo brillante engastado con sin igual delicadeza en perfectísimo joyel.

El empeño es árduo. Solo el genio consigue esa revelación súbita de la hermosura. Y estas inspiraciones que sobrecogen al artista requieren el pulimento exquisito del diamante, para que sean legítimas á los ojos de la sana crítica. La expresión

ha de ser tan cumplida, que no conciba el espíritu manera más hermosa de realizarla.

Becquer manejaba con sin igual soltura este género, que le era predilecto. A Becquer se debe su rehabilitación á los ojos de la crítica; pero sus composiciones felices son muy contadas; y el desaliño, la incorrección y lunares visibles en la métrica, afean no pocas de sus rimas. Poeta de delicado sentimiento, de grandiosa inteligencia, engolfado de continuo en las magnificencias de su fantasía, la negra fortuna le robó el tiempo necesario para revisar sus cantos, que no hubieran visto la luz si hubiera sido más larga su vida.

No repetiré yo que son «suspirillos germanos y vuelos de gallina,» según las frases del Sr. Nuñez de Arce; no tacharé el género de mujeriego y enfermizo; pero sí creo que ha de ser inspirado y perfecto, para no caer en los conceptillos de las poesías de circunstancias que los versificadores vulgares cultivan en el álbum, en el abanico ó en torno de las damas y los potentados.

De todas suertes, no es esa toda la poesía lírica; de todos modos, no hayen estos géneros base ni material estético bastante para fundar una escuela. El arte y la poesía tocan la vida en mil ocasiones y de mil modos, no de una sola manera; y la gracia (en el sentido estético), ni el sentimentalismo, ni el rasgo humorístico son toda la poesía ni bastan á contenerla; y siempre la oda á la *Imprenta*, la elegía al *Dos de Mayo*, como las de Manzoni ó Leopardi, abrirán campo más vasto al genio, que el estudio de los quejidos, las sorpresas y epifonemas humorísticos de los imitadores del Heine.

Campoamor es aún un enigma para la crítica. Cuando nuestra juventud se consagró al estudio de las escuelas alemanas, el gran poeta no quiso quedar lejos ó fuera del movimiento, y con acierto cuidó de orientarse en el campo de la filosofía; y no es lícito desconocer que sus lecturas y estudios filosóficos agrandaron los horizontes de su portentosa fantasía. Pero Campoamor se empeña en que el arte enseñe, diga, discuta, aconseje, y procura que en cada uno de sus *Pequeños poemas* haya una idea filosófica, y á conciencia, confunde la esfera filosófica con la artística, y quiere que el arte sea ciencia y la ciencia arte. Y como su audacia intelectual no reconoce límites y es cada día más vigorosa su fantasía, porque nos ofrece el espectáculo de un rejuvenecimiento perenne, y es además humorista, discurre por el arte con un desembarazo y una soltura de que no hay ejemplo. Y como sus dotes de poeta son excelentísimas, y maneja la lengua y el metro con singular encanto, fascina á la juventud, cautiva al público, y es sin duda alguna el poeta más popular, más aplaudido y de mayor importancia del parnaso contemporáneo.

Yo no sé si al contradecir la poética novísima de Campoamor quisiera que dejara de ser como es y fuera de otra manera: creo que no, porque me fascina como á todos; pero lo que le pido al cielo y procuro, es que no forme escuela, que no tenga imitadores.

El arte no enseña, decían los Sres. Carvajal, Valera y Reus. En efecto, el arte no es docente. El poeta no se propone, no puede proponerse enseñar. Si tal es su propósito, queda fuera de la esfera artística por los efectos sólo de esa *intencionalidad*, mata y ahoga las facultades creadoras y anula la espontaneidad. El poeta puede adivinar, ser profeta, llegar por una intuición poderosísima á sorprender misterios, leyes, en el seno de lo absoluto, porque tal es la naturaleza del *genio*, pero no en doctrina ni alecciona. El poeta puede tocar y toca en lo Divino y conseguir como una revelación individual que fulgura después en los versos; pero el poeta no demuestra ni explica, ni puede demostrar ni explicar esa revelación que inmortaliza sus cantos.

Todas esas ideas que Campoamor cree haber colocado por un misterioso esoterismo en el fondo de cada uno de sus *Pequeños poemas*, son puros conceptos poéticos de su fantasía, no son realmente ideas. El poeta burla la pretensión del filósofo: pero cabalmente el empeño de probar alguna tesis trascendental ó exponer alguna teoría le roba calor y vida, le sugiere antítesis oscuras, le arrastra á la sutileza hasta tocar en lo conceptual, con menoscabo de la lengua y de la métrica. ¿Qué significan estos ligeros lunares en el poeta más espontáneo, fácil, ingenioso y decididor de estos últimos tiempos? No significan más que un error estético. Que no se empeñe el Sr. Campoamor en concebir como filósofo y expresar como poeta. La concepción artística es total; lleva en sí el modo y cualidades de la realización poética, y lo concebido reflexivamente, á la manera del filósofo, nunca podrá expresarse artísticamente, porque se oponen á ello las inflexibles leyes del espíritu humano.

No se os esconde que esta poética de Campoamor sigue como el eco á la voz á la agitación febril de este siglo, retratado en el famoso lema *Destruam et edificabo*. Campoamor es un hijo legítimo del siglo, y en esto estriba el encanto que producen sus inspiraciones, y es esta una de las causas de su primacía entre los líricos contemporáneos. Un *Fiat* en eterna explosión sería una delicia para su alma: un algo que fuera á un mismo tiempo ciencia, arte, religión y vida, sería la verdad para su espíritu. En buen hora que amamante su espíritu con todos esos Apocalipsis del siglo; pero no olvide en sus ensueños filosóficos que el arte es claridad, luz, precisión, forma *tangible* para el espíritu, pureza estética y sencillez sublime, sin mis-

terios ni esoterismos. Borre en buen hora la distinción real de los géneros; ennoblezca giros, locuciones y vocablos; ensanche las leyes tropológicas del lenguaje, y pida á las ciencias y á la vida imágenes y metáforas, que no por eso la crítica censurará los vuelos de su fantasía; pero abandone simbolismos y alambicadas alegorías, no pidiendo inspiración á sus disquisiciones filosóficas, sino á su privilegiada fantasía, á la maravillosa espontaneidad de su indisputable genio.

Antes de hablar de Nuñez de Arce, permitid exponga mi opinión acerca de una doctrina de libertad artística, que hoy corre escudada con el nombre de humorismo. El humor (y no sé por qué lo hemos de pronunciar á la inglesa teniendo en Castilla el *hombre de humor*, y el *buen humor* y el *mal humor*) suscita nuevas dudas y dificultades, y en mi sentir entraña peligros para la lírica española. El humor es legítimo en el arte. El humor expresa un paso más y de sumo interés en la poesía lírica de este siglo, en pos del ideal de género, que es la pura subjetividad del artista; pero el humor está regido por la *naturalidad* (perdonad el neologismo de la acepción). El humor no legitima lo extravagante; el humor no legitima la dislocación del pensamiento poético, ni los saltos y contorsiones de la fantasía que se advierten en los poetas noveles que presumen de humorísticos, creyéndose continuadores de Heine. El humor no es tampoco esa como epilepsia de la fantasía que acomete á veces á poetas estimables. Los estados patológicos, la fiebre y el delirio son contrarios á la creación artística. La originalidad verdadera y de precio, desdeña los recursos á que apela un humorismo bastardo, que el buen gusto debe condenar de continuo. El sentimiento, de igual suerte que el pensamiento, está sujeto á leyes, que se originan de la belleza y que brotan de la esencia humana. La subjetividad no es la individualidad, y aún la individualidad, en el pensar y en el sentir, no es el capricho del voluntarioso, como discretamente apuntaba el Sr. Lozano.

Pero si el arte no es docente, si el arte está regido por las leyes de la belleza y por las cualidades del hombre, ¿se sigue que no tenga trascendencia? ¿No sirve para la vida? ¿No concurre la poesía á los fines propios del ser humano?

Aun recuerdo con embeleso la discusión animadísima sostenida por los Sres. Valera y Vidart. La poesía creó la unidad italiana: la poesía creó la unidad germánica. Cavour y Bismark no son más que os mandatarios de los poetas: no son más que creaciones debidas al genio de la poesía. Es verdad. Pero así son para el espíritu del hombre todas las ideas, el bien como la verdad, la verdad como la belleza. La belleza educa, levanta, sublima, depura

la sensibilidad, agujonea la inteligencia, fortalece la voluntad. ¿Cómo no, si la belleza es la trasparencia de Dios en lo humano? El arte nos regenera, purifica y engrandece, creando un mundo de aspiraciones en el espíritu; pero no alecciona, no enseña, no demuestra. Es un efecto mediato, no inmediato; es un resultado hijo del contacto del espíritu humano con lo absoluto, y por su virtud, asciende el hombre algunos peldaños más en la escala de la perfección.

Aceptando sin duda alguna este juicio, é impresionado por esta enérgica influencia del arte en la vida, escribió Nuñez de Arce *Los gritos del combate*.

Inspirado por Quintana, ménos rico y abundante en la expresión, más sóbrio y lacónico en el estilo que Gallego, ganoso siempre de la precisión y de la energía, que es su cualidad sobresaliente, profundo en el concepto y cuidadoso en el lenguaje y en la versificación, Nuñez de Arce comparte hoy con Campoamor el favor público.

Cautiva la severidad varonil con que empuja á las grandes contiendas de la vida á esta generación enfermiza, y que si aparece vigorosa es por efecto de convulsiones nerviosas, fugaces cual el relámpago; atrae la firmeza estoica con que recuerda á unos y á otros el cumplimiento del deber; agita y entusiasma el amor á la libertad que hierve en todos sus cantos, y seduce la facilidad con que recorre los tonos líricos que van desde la indignación de Juvenal á los iambos de Barbier.

Nuñez de Arce reanuda la tradición de la lírica tradicional, que no es clásica, ni romántica, sino española; pero temo que pueda decirse de este poeta lo que se dijo de Quintana: que en su lira no había más cuerdas que las de patria y libertad. Vibrantes y conmovedoras son: necesario es en estos días, más que nunca quizá, hacerlas vibrar en los torpes oídos de los contemporáneos; pero el alma del siglo es gigantesca, y como la del siglo la del hombre, y ansía gustar todo género de delicias y todo linaje de deleites. Es necesario que Dios, la naturaleza y la humanidad sean las cuerdas de la lira moderna, sin que falte en el magnífico concierto, ninguno de los acentos que encuentran eco simpático en la conciencia y en el corazón del hombre.

No basta contemplar torva ó desdeñosamente lo actual; es preciso mirar al cielo y á la tierra, sin encerrar al espíritu en marcadas condiciones históricas, que al fin son momentos pasajeros en la vida del género humano. Es necesario que la fantasía del poeta viva con lo ideal y lo histórico, con la idea y con el sentimiento, porque de otra suerte se incurre en la declamación y se cae en el estilo afectadamente sentencioso, que priva de gracia, juventud, amor y lozanía á las inspiraciones poéticas.

Confío en que el celebrado autor de los *Gritos del combate* salvará estos escollos, gracias á la excelente educación literaria de que ha dado preciadas muestras en sus cantos.

Me detiene y aconseja hacer punto el temor de fatigaros. Expuesto queda mi juicio sobre la lírica contemporánea, y mi opinión sobre las tésis que con mayor ahínco se han dilucidado en estas discusiones.

Entiendo que continuará la gloriosa historia de nuestra lírica. Grandes señales y lisonjeros anuncios permiten asegurarlo; pero á fin de que sea un nuevo florecimiento el período que se abre, es preciso condenar severamente todo espíritu de escuela. Ni imitaciones ni renacimientos, dije en otra ocasión, y hoy lo repito. Vivir en el arte lírico es gozar con toda libertad y plena conciencia de la propia personalidad.

Para conseguirlo, basta recordar que la poesía lírica es esencialmente subjetiva; que su anhelo se cifra en rodear de luz, en descubrir ese hombre interior que palpita en el fondo de nuestra conciencia y que va como emparedado y exánime bajo el peso de los sentidos, de las preocupaciones y de los afanes de la existencia histórica, y que la poesía debe expresar en el lleno de su hermosura, absorbiendo su esencia primera, contemplando cómo se depura y sublima amando, pensando y sintiendo á la vez, en un solo acto, bajo la influencia divina de la belleza, como si se reprodujera en su sér purísimo la misteriosa unidad de la Trinidad cristiana.—He dicho.

FRANCISCO DE P. CATALANES

UNA NUEVA FORMA DE CRISTIANISMO.

M. ARNOLD.

I.

La apología del cristianismo que M. Matthew Arnold, ya conocido por varias publicaciones referentes á asuntos de literatura y de crítica religiosa, ha dado á luz con el título de *Literature and Dogma* (1), promueve cuestiones del más alto interés. Al darle el título de *La Crise religieuse* (2), el traductor ha indicado el orden de ideas en que se apoya el autor, pero sin representar exactamente un título que solamente la lectura de la obra puede hacer inteligible, sobre todo á los extranjeros. M. Arnold se ha propuesto oponer á la apología del cristianismo que se apoya sobre el dogma, una apología nueva que

(1) Londres, 1876, 5.ª edición, Smith, Elder and C.ª

(2) Paris, 1876, Germer Bailliere.

reposa sobre la percepción de la verdad religiosa y moral de que es expresión la Biblia; percepción é intuición propia de todo hombre que abra y lea los libros sagrados con suficiente cultura literaria. La palabra cultura literaria tiene para M. Arnold un sentido que difícilmente admite nuestra lengua; es preciso entender por cultura literaria esa costumbre del espíritu moderno, fortificada por el empleo ya casi exclusivo del método experimental en todos los dominios del conocimiento que sólo se rinde á la evidencia de los hechos. La religión cristiana, tal como la entienden sus naturales defensores, está fundada sobre revelaciones que emanan de una persona sobrenatural, cuya existencia se admite de antemano por pura hipótesis; esta religión, ó mejor dicho, esta demostración de la religión no es de los tiempos presentes. Las masas se separan de ella; todo hombre que posee una cultura literaria ó intelectual suficiente repugna comprometerse bajo la fe de una hipótesis no comprobable, que se pone desde luego fuera de las condiciones del exámen. Si el cristianismo se propone permanecer siendo la religión del mundo civilizado, necesita hacer una evolución completa; necesita llegar á ser una religión popular que ofrezca una evidencia interna, inmediata y susceptible de una comprobación fácil y segura. Esta religión es la que nos presenta la Biblia cuando la leemos con inteligencia y sin preocupaciones, dejando á un lado toda hipótesis *dogmática* para atenernos al tacto *literario*.

Compréndese desde luego que sólo Inglaterra podía producir una tentativa de este género; y el vivo interés con que ha sido recibida en su país la obra de M. Arnold, prueba que el protestantismo inglés se ha conmovido hasta en sus últimos cimientos por la crisis religiosa que se había hecho sentir primero en Alemania. Hasta el presente, algunas notables publicaciones habían dado á conocer que los ingleses no habían permanecido insensibles á los trabajos de la crítica religiosa; sin embargo, nadie había aceptado los resultados con tanta franqueza y resolución. Aquí es preciso distinguir dos corrientes de origen distinto, la corriente libre-pensadora y la corriente reformadora. No tenemos para qué hablar de la primera; en cuanto á la segunda, sus representantes se habían limitado á reproducir casi siempre, con reservas significativas, el eco de las palabras que venían de Alemania. Es la primera vez que Inglaterra se apodera de todo ese gran trabajo para darle una forma original, una forma que sea suya. El libro de M. Arnold no es alemán por ningún concepto; no es un resumen ingenioso de las ideas admitidas por una nación más adelantada en el terreno de los estudios religiosos; es una obra del *terruño*, digámoslo así, llena de todas las buenas cualidades del genio inglés, de su claridad y de su tenacidad.

Bajo este punto de vista se relaciona bastante con una obra muy notable que ha sido objeto de merecida atención, la *Religion del porvenir* de Hartmann. Aunque los dos escritores concluyen en un sentido contrario, pues el filósofo alemán condena el cristianismo en cualquiera forma que se le quiera presentar, y el literato inglés recomienda un nuevo método de demostración del cristianismo, el punto de partida de los dos escritos es el mismo, y están penetrados en igual grado de la imposibilidad en que se halla el cristianismo actual para mantener sus pretensiones á la dirección de las almas. M. Arnold no es ménos afirmativo que M. Hartmann sobre las premisas de su nueva teoría. Más adelante veremos que se distingue de este último, ménos por sus conclusiones, aunque diferentes, que por la manera con que entiende la religión: toda la diferencia del genio inglés y del genio alemán consiste en esto. Por ahora conviene exponer de una manera más completa el pensamiento del escritor inglés.

El protestantismo en sus diferentes sectas—hasta podemos decir el cristianismo—hace depender la religión de la existencia de una persona divina, «gobernador moral é inteligente del universo», que ha dado á los hombres, por medios acerca de los cuales difieren las creencias de las sectas, todo lo que necesitan para regular su conducta. Esto es muy bueno para el que cree de antemano, pero para el que sólo quiere marchar sobre la fe de la evidencia esto es inadmisibile. Se necesitaría empezar por probar la existencia del gobernador moral del universo que nos da la religión: es así que esta existencia no puede ser objeto de comprobación; luego está fuera de nuestros alcances, y de aquí la indiferencia religiosa de las masas que sienten la fragilidad de todo el entusiasmo que se les quiere inculcar.

Pero la religión no es cosa indiferente, porque no es una simple satisfacción del espíritu, sino un objeto de primera necesidad. En efecto, el fin que se propone es la conducta de la vida, es decir las tres cuartas partes de la existencia humana. Privado de arte, privado de ciencia, el hombre puede continuar existiendo; privado de reglas de conducta, de dirección moral, es como si renunciara á vivir. Se ve que para M. Arnold la religión se relaciona muy de cerca con la moral; se distingue de ella sin embargo en que la moral no es más que la simple emanación de las reglas que deben presidir á la actividad humana, mientras que la religión reúne una emoción particular, el sentimiento de una potencia más fuerte que la voluntad humana, que reclama imperiosamente, y para dicha del hombre, el cumplimiento del deber. La cuestión que nos ocupa debe, pues, reducirse á esto: ¿Existe

en el mundo un libro en el cual la religion, tal como acabamos de definirla y despojada de todo aparato dogmático, se presente al hombre bien intencionado con una autoridad tan grande que obligue á su asentimiento, no en virtud de cualquier teorema metafísico á que se refiera, sino por medio de una evidencia inmediata comprobable á todos por la experiencia?—Este libro existe, es la Biblia, documento de las religiones judía y cristiana que constituyen para nosotros la religion corriente. En la Biblia, entendiéndola bien, no se trata de un personaje sobrenatural que dicta sus órdenes á los hombres; existe la afirmacion constante y desnuda de la gran verdad natural de que la dicha pertenece á la justicia. La idea de justicia penetra y domina los escritos de la antigua alianza. «La religion de la Biblia, dice M. Arnold, se llama con razon revelada, porque la gran verdad natural de que la justicia tiende á la vida, está expresada y demostrada con una fuerza y una eficacia incomparables. Todos los pueblos ó casi todos han reconocido la importancia de la conducta y han hecho de ella una obligacion natural. La conducta era sin embargo para ellos, no la fuente de la dicha y de la alegría, sino una cosa de la cual no era posible prescindir... Ningun pueblo ha reconocido y hecho sentir á los otros, como el pueblo hebreo, que á la justicia pertenece la dicha. Los prodigios y las maravillas de la religion bíblica son comunes á todas las religiones, pero ella sola ha tenido en este punto el amor de la justicia.»

En otros términos: la justicia, que es el fin de la religion y que es sinónima de conducta moral, es especialmente el objeto de la religion bíblica. Intentando darse cuenta de su vida y fijando en ella su atencion, el hombre ha reconocido que ella tenía un alcance que excede de las necesidades del momento presente: así se ha establecido la nocion de un «yo total» opuesto al «yo parcial». El hombre reconoce en él, por encima de un yo inferior y transitorio, un yo superior y permanente que hace poner un freno á los primeros impulsos de su naturaleza. La contemplacion habitual de las reglas descubiertas en esta direccion, ha llevado al hombre (y la raza especialmente dotada para las emociones religiosas) al conocimiento experimental, cierto y vivificante, de la dicha que resulta de la práctica de estas reglas. El pueblo israelita ha comprendido estas cosas, las ha profundizado se ha sumergido en ellas y vive en tal medio de una manera tan intensa, que el contagio del ejemplo es irresistible para todos los que entran en contacto con los documentos del pensamiento religioso hebraico. El nombre de Jehová, del Eterno, ha servido á ese pueblo para designar «la potencia que en nosotros y fuera de nosotros tiende á la justicia», y la perso-

nificacion que ha hecho de esta potencia no tiene más alcance que el del lenguaje poético, sin ninguna pretension metafísica.

La filosofia religiosa de M. Arnold es, como puede verse, de la mayor claridad. Una vez concebida la idea religiosa en su sublime sencillez, como afirmacion (siempre y en todas partes comprobable) de la potencia eterna que nos prescribe la justicia y nos traza el camino de la dicha, esta idea religiosa fué objeto de la meditacion de la raza israelita, como las grandes concepciones del arte y de la ciencia formaban el patrimonio del genio ariano. El descubrimiento se puede remontar á Moisés, á Abraham quizá; los nombres son poco importantes en esta materia. Lo que importa es que la idea religiosa así definida ha sido el alimento de Israel durante todos los siglos que le separan del cristianismo. Cuando la supersticion empezó á recargarla de sombras, vino Jesus á darle todo su brillo, proclamándola con una fuerza incomparable: el relieve que entonces tomó la idea en su enseñanza fué tal, que desde entonces ha sido imposible confundirla con el sistema metafísico con que se ha pretendido debilitarla. Antes de Jesus, el *método* existía; pero comprometido hacia algunos siglos por el impulso de las aspiraciones materialistas, de nuevo lo restableció, esclareciendo la idea de la justicia que conduce á la dicha, haciendo, no el privilegio de una raza especial, sino la idea del mundo entero. Hizo más: le unió un *secreto*, su secreto, dice M. Arnold, que consiste en la doctrina de la renuncia al yo limitado y egoísta.

«Jesus no había visto solamente la gran verdad necesaria que debe haber en la naturaleza humana, como dice Aristóteles, una parte que da vida y otra parte que la castiga. Jesus la había comprendido tan plenamente, que su penetrante mirada pudo reconocer bajo las penas superficiales el júbilo que encubrían: llenó de promesas y de esperanzas la ley de la renuncia, y la hizo infinitamente atractiva. Si otros pueblos han reconocido la importancia de la justicia, Israel, que ha reconocido la dicha que se deriva de ella mucho mejor que los otros, es con razon el pueblo de la justicia; de la misma manera, la abnegacion, el gran factor de la justicia, es el secreto de Jesus; porque si otros reconocieron su necesidad, Jesus vió antes que nadie la paz, la alegría y la vida.»

Todo esto es tan ajeno á nuestras habituales ideas, que debemos citar tambien algunas líneas que expresan la fe absoluta y sencilla del autor en su sistema.

«Nuestra interpretacion puede comprobarse por sí misma, y no depende de lo que no puede comprobarse. No es posible comprobar que Jesus es el hijo de una gran causa primera y personal, y es tambien

imposible comprobar que existe esta causa primera y personal. Pero hemos visto que la experiencia demuestra la existencia de un poder eterno fuera de nosotros, que manda la justicia, y la experiencia puede demostrar lo mismo que Jesús procede de este poder. En efecto, Dios es el autor de la justicia; Jesús es su hijo porque nos ha dado el método y el secreto que hacen posible la justicia. Podemos comprobar la realidad de lo que aquí anticipamos; haced la prueba y os convencereis. Haced la prueba por todos los medios imaginables para llegar á la justicia, y vereis que el medio de Jesús os lleva á ella, y que todos los demás que podáis emplear no os dan ese resultado... Así, pues, hé aquí la autoridad del Antiguo Testamento y del Nuevo, establecido sobre un fundamento tan sólido como la autoridad que nos manda alimentarnos y descansar, es decir, que la experiencia nos demuestra que no es posible prescindir de ella.»

En verdad que ahora dudo si he hecho bien presentando simplemente á M. Arnold como el autor de un nuevo método de apología; quizá hubiera debido llamarle reformador y profeta; porque el cristianismo, tal como él lo presenta, se parece muy poco al cristianismo que conocemos.—No hay que sorprenderse demasiado, contestaría él sin duda, porque si el cristianismo auténtico, el que nos da la regla de la vida con una certeza que descansa directamente sobre la conciencia, es realmente el que os expongo, hace mucho tiempo que las Iglesias no lo conocen y no lo presentan á las masas sino con un disfraz metafísico; pero bajo esta corteza de feo aspecto, la savia no ha dejado de circular, y ha llegado el momento de sacar á luz lo que ha estado á punto de perderse para la humanidad por la ininteligencia de los depositarios.

II.

El libro de M. Arnold promueve por lo menos tres cuestiones: ¿Cuál es su relación con las tentativas recientes de reforma religiosa? ¿Cuál es su valor filosófico? ¿Cuál es su valor crítico, es decir, en qué medida está fundada la explicación de la Biblia que presenta? Abordaremos sucesivamente estas tres cuestiones.

La comparación con los diferentes ensayos conocidos con el nombre de protestantismo liberal, es la primera que se presenta. Como los jefes de este movimiento, que ha tomado tan gran importancia en Alemania y que en Francia ha conseguido llamar la atención, no tanto por el número como por el talento de sus defensores, M. Arnold ha comprendido perfectamente que necesitaba dejar de defender el cristianismo por medio de argumentos sacados de la realidad, de los milagros y del cumplimiento de las profecías, y que la única prueba de su verdad, acep-

table en adelante, lo mismo para los hombres ilustrados que para las masas populares, debía descansar sobre una evidencia interna, sobre un acuerdo íntimo y preestablecido entre la conciencia y la ley moral y religiosa contenida en la Biblia. El hecho es que en la actualidad se encontraría difícilmente alguien que pudiera persuadirse de la certeza de la revelación divina por hechos sobrenaturales realizados hace muchísimos años y afirmados por medio de testimonios expuestos á mil dudas. Lo contrario sucedería mejor: gran número de cristianos no admiten los milagros sino como consecuencia de su fe en el Evangelio, resultado de una experiencia inmediata, especie de hecho de conciencia. Es absolutamente preciso renunciar á demostrar la autoridad de Jesús por el poder que haya podido demostrar sobre la naturaleza; se admitirá de buen grado este poder como una manera de complemento de la divinidad de su misión, especie de alimento destinado más bien á sus contemporáneos que á las generaciones siguientes. El milagro se va convirtiendo en una especie de vestido palpable destinado á revelar á las almas rudas y primitivas el premio de una verdad moral que quizá hubiera pasado desapercibida. Expresándome así, indico la vía en que han entrado buen número de apologistas que no solamente se llaman cristianos, sino que hasta se apellidan ortodoxos. El cumplimiento de las profecías, por otra parte, no está admitido en un sentido exacto sino por algunos apologistas ingleses; la obstinación que han desplegado en defender esta envejecida tesis demuestra tanta buena voluntad como ininteligencia; el anuncio de la fecha del nacimiento del Cristo por la profecía de Daniel será siempre la muestra más sencilla de este método que los prudentes del partido han desautorizado indirectamente cuantas veces se les ha apretado de cerca. M. Arnold, como los jefes del protestantismo liberal, ha renunciado, pues, absolutamente á pedir la demostración de la verdad del cristianismo al aparato de la antigua apologética.

M. Arnold va más allá que estos últimos en un punto capital: la importancia dada á la personalidad de Dios. En este punto, el protestantismo liberal, sustituyendo á los motivos de fe *externos* invocados por la tradición de la Iglesia, motivos de creencia *internos* tomados á la ciencia, se había guardado muy bien de tocar al substratum de la apologética, ó sea á la creencia primordial en una «gran causa primera y personal, pensante y amante, el autor, el gobernador moral é inteligente del universo», como se expresa M. Arnold. La teología de Santo Tomás de Aquino ha quedado siendo la base de las ramas más avanzadas del protestantismo innovador, como del catolicismo, con los matices que lleva consigo la distancia. La fe en el Dios personal,

apercibida por el hombre natural, queda en estado de aspiracion confusa fuera de la revelacion hecha á Israel: aquí solamente se presenta en toda su certeza, en toda su precision, y puede llegar á ser el eje de la verdadera vida religiosa. El Dios sentido por la conciencia, ¿se ha expresado de otra manera que por los vagos deseos de los filósofos? ¿no ha dado al hombre la ley precisa de que éste tiene necesidad? Esta ley, para el católico como para el protestante, está contenida en los libros sagrados; para el primero, es el objeto de la enseñanza de la Iglesia, que la hace aceptar á los fieles despues de haberle suministrado las pruebas de su autoridad y de su derecho divino para enseñar; el protestante demuestra la divinidad de la revelacion por lo que él llama las pruebas de la autoridad de la Biblia. En toda la primera parte del camino, los hijos de Roma y de Ginebra caminan de concierto, para separarse un poco más léjos en la cuestion de la autoridad de la Iglesia y de la autoridad de la Biblia. Los protestantes liberales, á su vez, se separan de los ortodoxos en la manera de probar la autoridad de la Biblia; pero tienen como sus correligionarios la fe *innata* en el Dios personal que se ha manifestado al hombre y se hace reconocer en la Biblia. «Así es, dice M. Arnold, que las masas se preguntarán desde luégo si es posible probar la existencia de ese regulador moral é inteligente.» Pero como este sér escapa á los alcances de nuestros medios de conocimiento, es preciso entrar en una vía absolutamente nueva, y salir sin vacilaciones del camino que se ha seguido religiosamente desde el segundo siglo de nuestra era.

Bajo el punto de vista filosófico, M. Arnold ha roto con el protestantismo liberal, y será mucho más á propósito relacionar su tentativa á la doctrina de la *moral independiente*. Los patronos de este ensayo, que hizo bastante sensacion hace unos diez años, se habian preocupado del aislamiento en que se encontraban tantas almas rechazadas por las enseñanzas de las iglesias oficiales. Observaron que la mayor parte de los hombres se entienden sobre las principales ideas necesarias á la conducta de la vida, y quisieron agruparlas alrededor de esas ideas primordiales. La moral, pensaron, es *independiente* de las deducciones que llevan á unos á creer en la personalidad divina y á otros á negarla en favor de tal ó cual sistema. Las grandes verdades de la moral se revelan á todo el que escuche la voz de su conciencia, que habla lo mismo á todos los hombres. Esto es precisamente lo que sostiene M. Arnold, y no se le puede negar que es comun el punto de partida por ambos lados. Es una misma negacion de todo teorema metafísico.

Solamente que—y aquí empieza la originalidad de M. Arnold—el escritor inglés cree que la historia

nos ofrece el conjunto de verdades morales expresadas bajo una forma perfecta, completa, definitiva, y él ha tenido la dicha de encontrar esta expresion en la religion de su propio país, en el libro que la tradicion designaba como el depósito de la verdad. Pero se leía mal, y por esto se multiplicaban la indiferencia y el disgusto; en adelante depende de cada cual *leer bien*. La palabra moral sola es un poco seca; habla á la fria razon más bien que al sentimiento y á la voluntad; y expresa lo que es preciso hacer, más bien que inspira accion. La palabra religion tiene la ventaja de reemplazarla y excederla á la vez, haciendo sentir que la obligacion de una conducta recta es una ley de más vasto alcance que el individuo; en ella se siente la presencia de un *poder que tiende á la justicia*. En otros términos: si la palabra moral independiente se entiende en el sentido que se le atribuye hace algunos años y que le da el lenguaje, conviene llamar á la doctrina de M. Arnold una moral religiosa independiente, ó una moral cristiana *independiente* de toda demostracion metafísica. Lo que los libre-pensadores franceses han querido constituir con el conjunto de ideas que hemos recibido sobre la actividad moral del individuo, M. Arnold, inglés y protestante, lo ha intentado con ayuda de la tradicion y de las costumbres de su país. Tiene sobre sus predecesores la inmensa ventaja de consagrar los usos seculares de una poblacion tenaz en su manera de vivir. Por otra parte, es preciso examinar,—y vamos á hacerlo en seguida—si él mismo ha leído bien el libro cuya interpretacion pretende dar á sus conciudadanos; en una palabra, si la Biblia contiene lo que el escritor inglés cree haber encontrado en ella.

Comparar á M. Arnold con M. de Hartmann, como parece indicar la preocupacion comun de reforma religiosa de sus escritos, es, como se ve despues de lo que precede, oponer el genio inglés al genio alemán en toda su contradiccion. La preocupacion es la misma, porque se trata de dos espíritus igualmente sinceros y religiosos: el método y los resultados son tan divergentes como es posible. La comun experiencia que permite poner estos dos nombres enfrente uno de otro, es la conviccion de que la religion cristiana, bajo sus diferentes formas, es incompatible con las necesidades de nuestra época: á partir de este punto, los dos reformadores se separan para no encontrarse más. M. de Hartmann estudia el cristianismo en el conjunto de su desarrollo histórico y le condena en todas sus formas, lo mismo en la forma primitiva (hebraismo, doctrina de Jesus) que en los ensayos de reformas más recientes en nombre de la doctrina filosófica contemporánea, que es el monismo. El judaísmo y el cristianismo son dualistas; su filosofía es dualista, su moral lleva el sello de este mismo conflicto, y su

culto tampoco escapa á el; son irreformables. Para M. Arnold el cristianismo es una moral religiosa que encontró una primera y alta expresion en el judaismo y una segunda y definitiva forma en el cristianismo de Jesus; y á esto es preciso volver desechando todas las supersticiones. El primer vicio de la apologética cristiana, vicio todavía subsistente, ha sido su intento de demostrar la verdad religiosa por medio de pruebas tomadas en el dominio de lo incognoscible; suprimid el andamiaje y quedará el edificio.

Que M. Arnold conserve el cristianismo y que M. de Hartmann lo rechace, es, por otra parte, para el que quiera ver las cosas á fondo, un asunto muy secundario. Lo que importa es saber lo que ambos autores entienden por religion y lo que piden á la *religion del porvenir*. Para el filósofo alemán, la religion envuelve, como partes esenciales, una metafísica y una moral; el escritor inglés se atiene á la moral y proscribete toda investigacion ulterior. La metafísica cristiana es condenada por M. Arnold, como por el autor de la *Disolucion del cristianismo*; pero el primero no se preocupa de reemplazarla, mientras que el filósofo de lo inconsciente está convencido de que no será viable ninguna religion si no da satisfaccion igual á las necesidades de la inteligencia y del sentimiento. Obstinadamente dominado por la idea de una aplicacion sencilla é inmediata de la idea religiosa á las tendencias y á las necesidades de la época, M. Arnold cree evidentemente no lastimar ningun interes formal y dar una contestacion *práctica* á todas las exigencias razonables, con lo que se podría llamar, sin exageracion, sobre todo entendiéndolo en el sentido inglés, su positivismo religioso.

MAURICIO VERNES.

(Revue scientifique.)

(Concluirá.)

LOS IDIOMAS DE LA AMÉRICA LATINA.

V.

BOGOTÁ, GUATEMALA Y PANAMÁ.

En los vastísimos territorios aquí incluidos habitaban, y en varios viven aún, tribus indígenas cuyas costumbres, índole y demas no tenía apenas semejanza alguna entre sí.

Más aún que su misma manera de ser, variaban los lenguajes. En sólo la region del Orinoco era poco ménos que innumerable tal multitud.

Es el país del Orinoco un verdadero laberinto de rios y de islas; preciosísima region hidrográfica que ántes que ningun otro europeo remontó nuestro bizarro y memorable Francisco de Orellana.

Allá desde donde gira bello y tortuoso el rio *Guirripa*, hasta donde el *Meta*, ya de enorme caudal, mezcla silencioso sus aguas con el gran Orinoco, se extienden encantadoras y dilatadas vegas, en cuya extensa comarca tenían enclavada la mision de Santa Teresa los padres jesuitas.

En tan risueño paraje, gozando de las tierras quizá más feraces del globo, habitaba y aún quedan miserables restos de la dócil *nacion Saliva*, suzuzgada y diezmada continuamente por los indios *caribes*.

Bien al contrario de otros indígenas, tenían los *salivas* aborrecimiento á verter sangre humana, siendo no ménos singulares bajo de otros conceptos.

Decían estos pacíficos indios *ser hijos de la tierra*, y que esta nuestra madre comun *brotó antiguamente* hombres y mujeres, como ahora espinas y abrojos.

Su carácter bondadoso y sus ideas acerca de lo malo que es derramar la sangre de sus semejantes, apenas les permitia defenderse cuando pérfidamente les atacaban los caribes.

El idioma es la nacion, ha dicho uno de nuestros académicos, y el lenguaje de los *salivas* es un reflejo de la índole de estos indios. Suave, algo gutural, poco enérgico y no muy abundante, es fácil de estudiarse.

Como en contraste están, entre otras, las naciones *guayva* y *chiricoa*, que incesantemente vagan y giran sin tener casa, hogar, sementera, cosecha ni morada fija; guerreando siempre una con otra en la inmensa vega que se dilata desde el *Meta* hasta las márgenes del *Ariari*, país lleno de arroyos y sembrado de lagunas.

«Gente briosa y atrevida, generacion de gitanos ó rama de ellos, que entregada á una vida vagabunda, todo lugar fijo, aunque lleno de las mayores conveniencias, les parece cárcel intolerable y remo de galera insufrible,» dice Gumilla.

Y añade:

«Dos veces con ellos (después aún de otra tentativa) se formaron pueblos que, mediante á la fertilidad fabulosa del terreno, prosperaron, y nadie dudaba ya de su perseverancia; y con todo, en una noche todos desaparecieron como el humo...

»De nuevo se emprendió la reduccion en 1725 con todo empeño, después de recogidos á vida civil en cinco pueblos, con grandes sementeras y excelentes frutos; mas repentinamente tiró cada uno por su lado... y no han vuelto á verse más.»

* Véanse los números 140, 141, 142, 144 y 147; págs. 572, 603, 633, 693 y 794.

Sus idiomas no son menos agrestes y refractarios.

La nacion *Betoya*, de condicion levantisca, tiene su lengua dura, escabrosa, poco abundante y plagada de *rr*. *Day raaquirra bicarru romú, robarraia-barrorracayú* (porque me hurtais el maíz, os he de apalear), es una frase betoya en que, además de lo difícil de tantas *rr*, hay lo polisilábico de las voces, que añade otra dificultad á su pronunciacion para los europeos.

La circunstancia de ser tantas y tan extrañas las lenguas comprendidas en esta seccion, nos impide dar de ellas una idea general. Por otra parte, varios de los escritores de cada una de las gramáticas apunta algo de su naturaleza. y se cita en el correspondiente lugar.

Reseña biográfico-bibliográfica.

LEON (Fr. Jorge de Leon). Misionero del orden de San Francisco, dice un cronista, escribió el *Arte de la lengua de Copanabatla*, por encargo del padre Casillas, provincial de Guatemala, y al propio tiempo el *Vocabulario* de la misma lengua.

Esto en conformidad con un acuerdo tomado en el capítulo que se celebró en el convento de Guatemala en 1546 para impulsar el estudio de los idiomas indígenas, disposicion de que ya se hizo mérito.

LUGO (Fr. Bernardino). Este misionero ejerció el apostolado en la América equinoccial. Compuso la *Gramática general de la lengua del nuevo reino llamado Mosca*; idioma propio de los indígenas del Bogotá, dichos Muyscas ó Moscas, especie de Druidas del Nuevo-Mundo por algunas de sus costumbres.

Dicha Gramática está reputada como un excelente trabajo por su buen método; tiene además un *Vocabulario* del mismo idioma con equivalencia castellana. Fué dado á luz en Madrid en el año de 1619.

OLMO (P. Francisco del Olmo). Jesuita á cuyo cargo estaba la colonia de San Francisco de Borja, situada entre los rios Synaruco y Meta, tributarios del alto Orinoco, establecimiento fundado en 1738 en tierras pertenecientes á los indios dichos Saruros.

Este misionero escribió el *Arte gramatical de la lengua Sarura* y un *Vocabulario sarura español y viceversa*. Además un *Catecismo cristiano* en idioma sarura.

Él estableció en su colonia escuelas de leer, escribir y contar para enseñanza de los niños indios, dando á algunos más despejados nociones de latin y de música.

Se ignora el año de su muerte.

CASTRO (Fr. Andrés Castro). Nació en la ciudad de Burgos, donde profesó en la orden de San Francisco.

Estudió teología en Salamanca; fué mandado á Nueva-España, y allí se dedicó al ejercicio de la mision, despues de haber aprendido la lengua mejicana; mas habiendo tenido que situarse en el valle de Toluca, se vió precisado á estudiar aquella lengua sumamente dificultosa.

Compuso el *Arte de aprender la lengua matlazinca* y *Vocabulario matlazinca-español*.

Compuso tambien, dice Torquemada (Fr. Juan), un *Catecismo de la doctrina cristiana* y *Sermones de todo el año*, en lengua matlazinca y de mucho mérito literario.

Vivió cuarenta años dedicado á evangelizar en diferentes comarcas de América, especialmente en Toluca.

Fué el primer misionero que penetró en aquellas tierras; y refiriéndose al idioma, bárbaro y dificultoso de aprenderse, añade: «antes que él ninguno le supo, ni despues de él tampoco *en casi veinte años*» (Torquemada, *Monarquía indiana*.)

Estaba dotado de mucha paciencia para ejercer la mision, haciéndose querer de los indios por su genio afable.

Por eso le apellidaban el Apóstol de los matlazincas. Murió en el convento de Toluca el año 1577, casa fundada por el mismo Padre Castro, y en ella se conservan sus restos.

BRETON (Fr. Raimundo). Natural de Beaume, en Francia, nació el año 1609. Fué fraile dominico y misionero en el Canadá y otros puntos de América. Escribió la *Gramática* y el *Vocabulario caribe frances y viceversa*. Murió en 1679.

CHAUMONT (P. N.). Este jesuita frances fué muchos años misionero en América. Compuso la *Gramática de la lengua de los Hurones* y un *Vocabulario* del propio idioma.

Dice Rasles, en las *Cartas edificantes y curiosas*, que este misionero pasó más de cincuenta años entre los indios Hurones. No dice dónde acabó sus dias.

MUDARRA (Fr. José Mudarra), de Castilla la Nueva, fraile franciscano, estuvo de misionero en Guatemala y otras comarcas á principio del siglo XVII. Escribió el *Arte gramatical de la lengua de Tehuantepec*, que el historiador Padre Romeral dice ser dificultosísima; tambien un *Vocabulario* de la misma, con equivalencia española (1).

VILLACAÑAS (Benito de Villacañas), natural del pueblo del mismo nombre (Toledo). Fraile franciscano muy docto, misionero en el Nuevo-Mundo. Escribió *Nueva gramática de la lengua Cachiquel*, y

(1) El distrito de Tehuantepec, formado por las tierras del istmo de su nombre, fué objeto de predileccion del esclarecido Hernan Cortés.

Dice un autor americano moderno: «A Hernan Cortés debe atribuirse la primera idea de establecer una comunicacion oceánica por este istmo, etc....»

amplió mucho el *Vocabulario* del propio idioma; enseñó á otros padres dicha lengua, según refiere una crónica.

En la misma lengua escribió otro libro titulado *Sucessus fidei ortodoxæ*, que trata del conocimiento de Dios, etc.—Dice un cronista ser de mucho mérito en todos conceptos.

También pobló la villa de San Lúcas, trasladándola, por insana, de donde primitivamente se erigió al punto de Chichoy, con familias indias por él convertidas que trajo del Rabiñal, en la provincia de Guatemala, y otros puntos.

Murió á la edad de 73 años, en Marzo de 1610.

CALVO (Fr. Pedro Calvo), monje dominico español y misionero en Guatemala y provincias limítrofes; compuso una *Gramática y Vocabulario de la lengua de Chiapa*, por orden de su superior el venerable Fr. Tomás Casillás (Remesal, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, Madrid, año de 1619). Carezco de otras noticias de este misionero.

RIVERA. El venerable Padre Juan Rivera, jesuita andaluz, fundador de la misión de San Francisco de Regis de Guanapalo, en el alto Orinoco; compuso el *Arte gramatical de la lengua Achagua y Vocabulario Achagua-español*.

También *Doctrina cristiana* en dicho idioma (1).

Hombre incansable en la reducción de aquellos indios indígenas, padeció innumerables trabajos.

Era al comienzo del siglo último, cuando se escribieron esos libros.

Su autor, ateniéndonos á los conceptos del erudito Padre Gumilla, descollaba por su mucha ilustración y por una virtud sin fanatismo.

Se ignora dónde acabó sus días.

RASLES. El Padre Sebastian Rasles, jesuita francés, fué enviado á las misiones del Canadá, á fines del siglo XVII, por el superior de la Compañía.

Con el fin de propágar el cristianismo entre los indios de aquellas tierras, recorrió diversas comarcas, viviendo principalmente en Quebec.

Refiere otro jesuita que el Padre Rasles tenía notable disposición para aprender lenguas, y mucha afición para estudiarlas.

Eso hizo que llegara á poseer, además de varias de Europa, cuatro de los indígenas de aquella región, siendo estas *la abnakisa, la hurona, la ontaovaisa y la illinesa*, en todas las cuales predicaba.

Hablando acerca de la hurona, dice: «No se puede negar que tiene la lengua de los salvajes verdadera

hermosura, y un no sé qué de energía en el rodeo y modo de explicarse.»

En otra parte dice que la dificultad principal de todas las lenguas de aquellas comarcas estriba en la pronunciación gutural de muchas voces, y por ello tuvieron que inventar signos especiales para escribir sonidos que no podían acomodarse con ninguna de las letras del alfabeto. No hay equivalencia en otras lenguas.

Tienen muchos vocablos que no expresan sino con la garganta, exprimiéndolos sin dar movimiento á los labios. *Ou* es de esos caracteres, y así lo escriben con el núm. 8, para distinguirlo completamente de las demás letras. Dice que la hurona es la más difícil.

Refiere Rasles que se pasaba parte del día en las chozas de los indios para oírlos hablar, teniendo que estar con la mayor atención á fin de sorprender las circunlocuciones y genio de los idiomas, la construcción de las frases, los tiempos de las pronunciaciones y demás.

Compuso la *Gramática de la lengua abnakisa y Vocabulario de la misma*, con equivalencia francesa.

Hizo la versión del *Catecismo de la doctrina* en las lenguas hurona y abnakisa, y varias oraciones en esos mismos lenguajes y otros más.

A continuación insertaré una estrofa de un himno religioso en tres lenguas, composición de este misionero.

Murió este jesuita herido en un combate en Norridgewog, por los colonos ingleses del otro lado del río; en cuya celada perecieron algunos indios que defendían al P. Rasles.

Según este misionero, las lenguas *illinesa y ontaovaisa* son secuelas de la hurona.

La estrofa del himno *¡Oh salutaris Hostia!* la vertió de esta manera á las lenguas hurona, abnakisa é illinesa.

En lengua hurona.

Jes8s 8to etti Xichie
8to etti Skuaalic-axe
Jehierche axera 8eusta
D'aotierti xeata-8ien.

En abnakisa.

Kighist 8i-nuanur 8in'ns
Spem Kih papili goii damek
Nemian 8i K8idan ghabenk
Taha Saa grihinc.

En illinesa.

Pekiziamé manet 8e
Piaro nile hi Nanghi
Keninama 8i 8 Kangha
Mero 8inang 8sianghi.

Las cuales pueden traducirse en español:

(1) El P. Rodriguez, en su *Historia del Marañon y Amazonas*, hablando de la nación india de los Paez, dice que la grande capacidad é industria del reverendo Rivera alcanzó no solo á hablarles en su lengua sino también á hacer en ella el *Catecismo*. Refiere que los Paez son la gente más bárbara é incapaz de América, é igualmente su lengua.

¡Oh Hostia saludable,
Continuamente inmolada, y que das vida!
Tú, por quien se entra en el cielo,
Somos tentados... fortificanos.

ARA. El reverendo padre fray Domingo de Ara fué natural de la antigua villa de Galisteo, en Extremadura, si bien alguno dice ser salamanquino.

No puedo apuntar noticias biográficas de sus primeros años; pero consta que ántes de marchar como misionero al Nuevo-Mundo, ya había ejercido cargos honoríficos en algunos conventos de la órden de Santo Domingo, á que pertenecía.

Honrábase con la amistad del célebre fray Bartolomé de las Casas, á quien acompañó en su segundo viaje á América.

Persona de mucha instruccion, se dedicó á estudiar la índole de diversos idiomas de dicho hemisferio, á fin de ejercer su profesion con aprovechamiento entre los indios de distintas comarcas.

Compuso *Nuevo arte gramatical de la lengua cachiquel* y *Vocabulario* con equivalencia española, y vertió á ella el *Catecismo de la doctrina cristiana*, «por no aprender y trabajar tan sólo para sí,» dice.

Sobre el mérito de esa gramática dice Remesal «que los que siguiéron despues acá su método de hablar, salieron con su intento más que otros que fueron por otro estilo (con diverso autor), que aunque quizá más elegante, es ménos útil y acomodado para con propiedad entender al indio.»

Fué superior de los conventos de aquel país, y ordenó á los priores de cada uno que tuviesen los religiosos conferencias sobre las lenguas indígenas, y á ese respecto quizá no hubo otro de tanto celo.

PAREJA (Fray Francisco). Nació en la villa de Castro-Urdiales, provincia de Santander.

Profesó en la órden de Santo Domingo, y fué como misionero á Méjico á la mitad del siglo XVI.

Destinado despues á la provincia de la Florida, aprendió la lengua de aquellos indios y vertió en la misma la *Doctrina cristiana* y algunas oraciones. Creemos que su muerte acaeció en la misma provincia de la Florida.

PARRA. Fray Francisco de la Parra, dominico español, misionero de Costa-Rica y otros puntos de América.

Dice un historiador de Guatemala que perfeccionó la gramática de ese idioma, añadiéndola *caracteres* apropiados á la pronunciacion de ciertas voces.

Tradujo varias oraciones á la lengua cachiquel.

TORRES (Fray Juan), monje dominico que tomó el hábito en Santo Domingo de Méjico; era amigo particular del célebre padre Bartolomé de las Casas y de D. Pedro de Angulo, burgalés y obispo de Verapaz, en cuya ciudad vivió algunos años.

Dice un cronista que Torres tuvo un don particular para las lenguas.

Otro historiador se expresa así:

«El Padre Juan Torres había hecho mucho entre los indios y sabía siete idiomas, que era por cierto maravilla ver la facilidad con que las aprendía y más la destreza con que de ellas usaba; y en comenzando á aprender una lengua se asía tanto de ella, que áun no oraba sino con los vocablos de la misma.»

De órden de su superior Fr. Domingo Ara, compuso el *Arte gramatical de la lengua cachiquel* con *Vocabulario*, el año de 1548.

Posteriormente en diferentes parajes de Costa-Rica compuso *otras gramáticas* de lenguas indígenas.

Cuenta el venerable Padre Remesal que «viendo los inconvenientes que resultaban de copiar los manuscritos de las Artes por alterarlas el traslado, se dió órden al Padre Francisco Cepeda para que fuese á Méjico y allí imprimiese las *Artes de las lenguas de Chyapa, la de los Zoques, la de los Celdales y la de los Cinacantecas*; y así lo hizo, y las trajo impresas y muy correctas, con mucho gusto de los religiosos, que andaban cansados de tanta variedad, y áun con contentamiento de muchos indios cuando vieron sus palabras naturales de molde, pues los que no sabían bien el romance é ignoraban el latin, se comunicaban en su propia lengua.»

Las tres primeras gramáticas estaban escritas por Torres, que vertió á todas las lenguas dichas el *Catecismo*.

URIARTE. El Padre Manuel Joaquin Uriarte, de Baquedano, pertenecía á la Compañía de Jesus. No hay noticias del pueblo en que nació este abate español, y sólo sabemos que tenía un hermano inquisidor en Zaragoza y una hermana religiosa en el convento de dominicas de Vitoria por cartas suyas á dichos hermanos, incluidas en las *Cartas edificantes y curiosas de los misioneros de la Compañía*. Tres son las de este misionero que andan impresas. La primera al hermano, fechada en Cartagena de Indias á mediados de 1751, y la de la hermana en Noviembre del año siguiente, datada en la mision de Tirirí.

En ambas aduce curiosísimas noticias sobre las costumbres de los indígenas del Napo, del Coca y otras regiones de los Andes de Quito.

Dice á su hermana que salió para Tirirí, de órden de su superior el reverendo Martin Iriarte de Navarrete, desde Quito, en Diciembre de 1750, permaneciendo antes en el Napo.

De este rio dice:

«El Napo, áun no léjos del origen, es mayor que el Guadalquivir por Sevilla, y nace del Cotopaxi, que tiene un gran volcan. Va á desembocar al Marañon, habiendo antes bañado muchas tierras de infieles.»

De la mision de Tiriri dice apellidarse así, por estar frente á un gran peñon ó islote, que tiene en medio el rio Coca, al que nombran de ese modo, y por extension toda la comarca.

Refiere en esta carta que tuvo que aprender el lenguaje de los indios de Tiriri, *en cuya lengua muchas palabras son tan guturales que se comen, al paso que otras se dicen con las narices.*

Y añade:

«Ahora pienso perfeccionar un medio Arte que hallé aquí, y le daremos á la imprenta para alivio de los nuevos misioneros.»

En la segunda carta al hermano (D. José Agustin Uriarte), fechada desde los Omaguas á 8 de Julio de 1754, le dice que no extrañe no haberle escrito en algun tiempo por haber estado bastante enfermo, pero que gracias á los caritativos auxilios de otro compañero se hallaba adelantado en su convalecencia, y añade: «Comienzo ahora el estudio de nuevas lenguas, pues en las cercanías sólo hay tres diferentes.»

No decae en los demas párrafos el interes de esta epístola; ella, como las otras, aduce datos preciosos sobre diversos y varios motivos.

Refiere ciertas costumbres de los Omaguas, así como en las otras lo hizo de los indigenas del Napo y de los del Coca; y concluye la carta diciendo que dichos Omaguas tienen el uso caprichoso de entablillar á sus niños la cabeza, de manera que quedan siempre con una figura monstruosa; la cara ancha y la cabeza levantada sobre el nivel; cosa que ha constituido naturaleza ya, en esa y alguna otra tribu, naciendo los niños con cráneos algo dislocados.

De los Payaguas, dice Uriarte que son gente pésima y carnicera, como que mataron varios misioneros.

Compuso tambien este benemérito misionero la *Doctrina cristiana en la lengua del Napo*, y amplió el *Vocabulario* del mismo idioma y español.

No se sabe dónde finalizó sus dias dicho compatriota.

D'ETRE. El reverendo Padre Guillermo D'Etire, frances de nacion, era jesuita, que vivió muchos años en las misiones españolas del Perú, Orinoco y otros puntos.

Nombrado segundo superior de las misiones del Marañon y otras comarcas, debía de visitar países de muy diferentes y numerosas lenguas, tan desemejantes entre sí, que, como éi mismo refiere, *tienen unas con otras tan poca analogía como la francesa con la alemana.*

Sabía muy bien la cortesana lengua *quichoa*, como idioma general del país, y aún poseía algunos dialectos; mas le preocupaba la idea de que en sus peregrinaciones, al desempeñar su cometido, habría de tropezar á cada paso con gentes á las cuales no comprendería en manera alguna.

Deseaba poderse hallar en su tránsito apto para explicar la doctrina y ocurrir á lo puramente necesario para la administracion de los sacramentos de confesion, casamiento, etc., y no era dable encontrar ese número de intérpretes y ménos llevarlos consigo. Era muy difícil obviar tantos inconvenientes, puesto que tenía empeño en poder ser útil donde quiera que llegase. No se conformaba, dice, *á recorrer casi en balde muchos parajes*, más no se acobardó ante esas dificultades.

Hizo buscar caciques é indios de alguna calidad, que además del *quichoa* hablasen lenguajes de distintos territorios, y cambiando ideas con ellos, leyéndoles la doctrina y otras materias en la lengua general, ellos le decían cómo cada período podía traducirse en idiomas de varias comarcas.

De esta manera logró (en fuerza de maña y armado de ejemplar paciencia) hacer una version fiel, *en diez y ocho lenguas distintas*, del *Catecismo de la doctrina cristiana*, adiccionado además con las *instrucciones necesarias para la administracion de los Sacramentos.*

Item, *preguntas y respuestas precisas á disponer á los enfermos á una santa muerte*, igualmente en los propios diez y ocho idiomas.

Así, dice el autor, atendía á gentes cuyos idiomas, en lo demas, desconocía.

Está este libro singularísimo trabajado de la misma manera (hasta cierto punto) con que Catalina II de Rusia halló la semejanza de cien palabras diversas de algunos idiomas de Europa con sus equivalentes en las lenguas asiáticas.

Demas está encarecer una obra de este género: que su relevante mérito se encuentra al alcance del ménos instruido. Es de las más curiosas en lenguas americanas.

¡Cuánta constancia exige tamaña empresa!

No cita el padre D'Etire cada uno de los diez y ocho lenguajes de su poligloto volúmen; mas era una de las lenguas la de los *Iguavates*, tribus que viven á lo largo de la ribera oriental del Napo, de lenguaje nasal y difícil.

Otra la de los *Itucalis*, pueblo de las márgenes del rio *Chambira-yacu*, tributario del Marañon. La de los *Yameos*, más abajo de aquellos por la parte Norte es la tercera; siendo la última que menciona la de los temibles *Payaguas*, bárbara como ellos y no muy copiosa.

Dice de estas naciones, que sus moradores son arreglados en sus costumbres, y que no tienen la poligamia ni son feroces; excepcion hecha de los últimos, de aviesa é inquieta condicion, como es sabido.

De esta lengua hizo un pequeño *Vocabulario* el jesuita Luis Coronado, misionero algun tiempo entre esa indómita nacionalidad.

«La mayor parte de la tribus del Marañon y

afuentes, dice D'Étre, son tan groseras que no saben contar: los hábiles no cuentan sino hasta cinco, y muchos sólo dos ó tres.

»Si el número que quieren explicar, continúa este misionero, es cuatro, dicen *dos, dos*. Si cinco, muestran los dedos de la mano derecha señalando uno por uno; si van á enumerar diez, muestran los de la izquierda sucesivamente de la otra.

»Pero si el número que intentan decir pasa de diez, despues de la anterior operacion, se sientan en tierra y señalan contando los dedos de uno ó ambos pies, así hasta veinte, por mostrar uno en pos de otro los dedos de los piés y de las manos. Y es el *máximum* á que con ese rodeo llegan.»

Añade que es preciso tener mucha calma con ellos para no irritarlos, y acomodarse á su manera de decir, pues no conocen otra; y que aun en la confesion no expresan que un pecado le han cometido tantas ó cuantas veces, sino que manifiestan que una vez, señalando, y luégo lo han hecho otra vez, etc.

Dice que los Omaguas le pusieron veneno en la comida, y en otra ocasion le prendieron fuego á la choza á horas altas de la noche, pudiendo escapar á duras penas de morir tostado.

La carta tiene la fecha de 1731, desde Cuenca, ciudad importante de la actual República del Ecuador; y refiere que moraba en América desde 1706.

Vico. El reverendo padre Fr. Domingo de Vico nació en la ciudad de Úbeda, de la bella Andalucía.

Perteneció á la órden de Santo Domingo, habiendo profesado en Sevilla, donde estudió filosofía y teología.

No hay noticia del año en que fué destinado como misionero al Nuevo-Mundo, pero consta que se dedicó en distintos puntos á la catequizacion de los indios.

Aprendió para ello varios idiomas y dialectos, especialmente la lengua cachiquel, en que fué muy erudito y en la que escribió muchos *Sermones*.

Se distinguió tambien por la curiosidad en conocer y estudiar las costumbres y usos de los indígenas de Guatemala y otras comarcas.

Dejó una prueba de su laboriosidad é instruccion escribiendo un libro, *Memorias de los indios*, sobre las tradiciones, usos, casamientos, idolatrias y otras cosas referentes á los naturales de aquel país.

Esta obra *está escrita en la lengua cachiquel y en la de Verapaz*, que es un dialecto de aquella, pero muy diverso de su raíz y más difícil.

Sobre este trabajo, dice el padre Remesal que es un libro de muchísimo mérito, *de grande argumento y estudio*. Otro autor refiere estar escrito con suma maestría y como quien posee los idiomas con toda perfeccion y elegancia y conoce muy bien el asunto sobre que escribe.

El P. Vico fué en compañía de Fr. Andrés Lopez, de la misma órden, á la comarca de *Acála*, con el fin de catequizar aquellas tribus salvajes, en el año de 1555, llevando para su custodia porcion de indios amigos, ya cristianos.

Varios españoles y el cacique de indígenas convertidos, conocedores del carácter traicionero de los bárbaros que intentaba catequizar, advirtieron con insistencia al erudito misionero el grave riesgo que corria en su filantrópica empresa; pero este héroe, que además del cumplimiento de su deber estaba animado de un corazon valeroso, no paró atencion á tan prudentes avisos.

Por el contrario, viendo lo recelosos que los de la localidad se mostraban los primeros dias, atribuyó su desvío principalmente á las armas que tenían los que le rodeaban, y juzgando esto un obstáculo á sus fines, mandó retirar y guardar las espadas, broqueles y demas de su gente.

Mostróse así inerte y confiado á los salvajes de la comarca, y con efecto, comenzaron estos á llegarse, afectando mansedumbre para cerciorarse de que sus huéspedes se hallaban desarmados y en disposicion de ser sorprendidos.

Así las cosas, y cuando los dos misioneros se congratulaban de que habrían de hacerse oír entre aquellos semi-hombres, amaneció el día 29 de Noviembre de dicho año, y combinando los de Acála un ataque brusco, empezaron á descargar una nube de flechas envenenadas sobre el desgraciado P. Vico y algunos de sus amigos que consecutivamente fueron llegando al sitio de la catástrofe.

Una de las primeras flechas atravesó al mártir Vico por la tráquea, y él, su compañero Fr. Andrés Lopez y treinta indios amigos murieron sucesivamente, *á las 7 de la mañana, vispera de San Andrés*, dice el referido Remesal en su citada *Historia*.

Los demas indios amigos siguieron defendiéndose, una vez repuestos y armados, y pudieron abrirse paso para volver á la mision de *Coban*; y ya que no les fuera posible conducir el cuerpo del querido P. Vico, le separaron la cabeza y la llevaron consigo á dicho convento de Coban, donde la conservan al lado del altar mayor de la iglesia de Santo Domingo.

El P. Andrés Lopez, muerto tambien en ese dia, era natural de Aranda de Duero.

FÉLIX C. SOBRÓN.

(Concluirá.)

JORGE TICKNOR.

La impresion general que la vida, las cartas y el diario del americano Jorge Ticknor nos dejan, es una admiracion mezclada con sorpresa, tanto por la acogida excepcional que le dispensaran en el extranjero, como por la estimacion que supo inspirar á sus compatriotas. Desde su primera aparicion en la sociedad europea, Ticknor se ve tratado como el igual de todo lo que existia de más ilustre y distinguido. Tuvo la rara fortuna de conocer tres generaciones de notabilidades, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, en Portugal y en España. Por eso le encontramos hablando familiarmente con Byron, Walter Scott, Southey, Wordsworth, Moore, Campbell, Bogers, Sidney Smith, Hallam, Malthus, Mackintosh, Jeffrey, Lewis y Macaulay; con Benjamin Constant, Madame de Staël, Chateaubriand, Madame de Recamier, Guizot, Thiers, Tocqueville, Lamartine; con Goethe, los Schlegel, Tieck, Blumenbach, Savigny, Humbold, Niebuhr y Voss; con Manzoni, Silvio Péllico y Nicolini; con Pozzo di Borgo, Ancillon, Metternich, Antonelli y Cavour.

No ménos agasajado de los príncipes que de las damas del gran mundo, de los hombres de Estado y de los literatos, desde un principio se encuentra admitido en los círculos más exclusivos, y obtiene carta de naturaleza en el barrio Saint-Germain de Paris y en el Almack de Lóndres.

«En los círculos más elegantes y más aristocráticos de Madrid es donde aprendo á conocer á la sociedad española,» escribía Ticknor en 1818 en su diario fechado en la capital de España; y en verdad que pudo anotar lo mismo en casi todas las capitales de Europa. Los respetos que se le tributaban nada tenían de comun con las atenciones triviales que las cartas de recomendacion procuran á los desconocidos; merced á la ley de las afinidades, en todas partes veria cambiarse la amabilidad en simpatía, la simpatía en afecto y sus huéspedes en amigos; de esta suerte se aposenta en la casa de los más ilustres de sus contemporáneos, alojando alternativamente en Bowood, en el castillo de la Grange de M. La Fayette; en Val-Richer, en casa de M. Guizot; en Schlvshelsden, en casa del conde de Thun.

¿En qué consistía, pues, el atractivo irresistible que le facilitaba la entrada en todas partes? Su exterior, su fisonomía, sus modales, nada tenían de notable: no era ni muy insinuante, ni muy espiritual, ni muy flexible; su conversacion no ofrecía nada de imponente; á decir la verdad, en los salones donde se prefiere la chispa del ingenio, el brillo de la fantasía, la movilidad del pensamiento y los refinamientos de la palabra, al lenguaje sustancioso de

un erudito, de un filósofo ó de un viajero se le tenía por un tanto ordinario.

En cierta ocasion, una francesa poco circunspecta dirigió á quema-popa esta pregunta á Mackintosh: «¿Qué habeis hecho para que se os juzgue tan notable?» «Preciso me fué, dice Makintosh, negociar con el porvenir hablando de mis proyectos de obras.» La reputacion de Ticknor precedió igualmente á sus títulos, porque ya tenía cerca de cincuenta y seis años en 1819 cuando apareció su *Historia de la literatura española*.

Existe una novela francesa titulada *El arte de agradar*, en la cual el protagonista cautiva todos los corazones, obtiene todos los sufragios de uno y otro sexo, consigue éxito en todo lo que emprende por medio de un sistema adecuado de adulacion, gracias al cual aquel que sale de vuestra conversacion satisfecho de si, nõ lo queda ménos de vosotros. Ticknor profesaba demasiado respeto á su propia dignidad, y desprecio á la lisonja, para valerse de tales expedientes. ¿A qué atribuir, pues, el encanto y la influencia que ejercía? El rasgo más saliente de su carácter es el ansia de aprender; el mérito principal de su vida es su constancia en perseguir los problemas más elevados de la filosofía, de la moral y de la historia. Por eso atravesó toda la Europa en pos de la luz de este siglo que más tarde analizó con tan rara lucidez.

Ticknor no lisonjeó jamás la riqueza, ni el rango, ni la moda, bajo el simple punto de vista de la vanidad humana; mas cuando encontraba estos fútiles privilegios ó estos empolvados títulos unidos á la ciencia, á las cualidades y al mérito, no dejaba de servirse de ellos para conseguir sus fines. Como el autor del *Lacon* (1), opinaba que en todas las sociedades vale más trabar amistad con los que ocupan el primer lugar, no porque los más altos en categoría sean siempre los mejores, sino porque, si defraudan vuestras esperanzas, siempre podeis desender, miéntras que una vez puesto el pié en el suelo, no es tan fácil alcanzar un escalon superior. En el gran teatro de la vida, un billete de primera fila os proporciona entrada en todas las localidades.

Ticknor se distinguía personalmente por una mezcla de entusiasmo y de buen sentido, por una gran independencia de miras y por una profunda admiracion hácia el genio y la virtud: como parecía instintivamente arrastrado hácia las naturalezas superiores, cualquiera que fuese su nacionalidad, se experimentaba cierta satisfaccion de amor propio en ser buscado por él.

El análisis que aquí nos proponemos hacer de la

(1) *Lacon*, Coleccion de maximas, etc., 6 Muchas cosas en poca palabras.

vida y de las opiniones de Ticknor hará ver claramente si hemos encontrado ó no la verdadera solución del problema. Además del interés biográfico, pudimos dar con dos volúmenes ricos en anécdotas bien contadas y de juiciosas observaciones.

El primer capítulo lleva por título *Nacimiento y parentela*, bosquejo biográfico. Los sentimientos de los americanos están con respecto al nacimiento en completa contradicción con sus pensamientos democráticos y republicanos. Tratan siempre, sobre todo, de hacerse pasar por «hijo de familia,» según la antigua expresión: sus pretensiones dan lugar alguna vez á cálculos imperdonables. Recuerdo, entre otras, las inquisiciones genealógicas de un yankee, ganoso de consignar que descendía del conde de Warren, muerto sin posteridad en la época de los Plantagenets.

Cronwell, en su discurso pronunciado el 12 de Setiembre de 1674, declaraba igualmente que había nacido gentil-hombre.

Ticknor, que era poco aficionado á ocuparse de sus antepasados, nos da cuenta en breves términos de que su abuelo era un arrendatario. Su padre, después de haber obtenido los grados universitarios en el colegio de Darmonth, llegó á ser director de la escuela Franklin en Boston; pero no permitiéndole su salud soportar las fatigas de este puesto literario, se dedicó al comercio, haciéndose especiero. Después de haber vendido prosáicamente durante diez y siete años jabón y bujías, se retiró al campo en posición de satisfacer con desahogo sus modestos gustos y sus costumbres sencillas. Esta metamorfosis no enfrió de ningún modo, sin embargo, la estimación que sus conciudadanos profesaban á Ticknor, padre, y conservó siempre su preponderancia entre ellos, gracias á la superioridad de su inteligencia y á su amor al progreso. Él fué quien principalmente contribuyó á establecer un nuevo sistema de escuelas primarias, y á él, en unión con su amigo John Savage, debe la Nueva-Inglaterra sus primeras cajas de ahorro.

La madre de Ticknor era también de origen campesino; estaba ejerciendo las funciones de subdirectora de un colegio cuando se casó, muy joven todavía, con un médico llamado Curtes, que murió en 1784, dejando por toda fortuna á su viuda cuatro hijos y una gran casa. Mad. Curtes utilizó este último recurso fundando inmediatamente un colegio de señoritas, á cuyo frente se puso ella misma: el rápido éxito que alcanzó el establecimiento la ligó de tal manera á su obra, que todavía conservó la dirección algún tiempo después de su matrimonio con M. Ticknor.

Fáciles de suponer que con unos padres tan amantes de la enseñanza, Ticknor tendría que sufrir más bien los excesos que los defectos de la cultura in-

telectual. Su padre, en efecto, se consagró á hacerle profesor y pasante. A los diez años el niño estaba ya iniciado en lo que los siglos han producido de más grande, y maravillaba por su precocidad á los amigos de la familia que alguna vez le examinaban. Entró en el colegio á la edad de catorce años; pero no hallando en él profesores tan capaces como su padre y su madre, nuestro estudiante no llegó á ser muy fuerte en estudios clásicos. Sin embargo, era apasionado de Horacio y sabía bastantes matemáticas para calcular el famoso eclipse de 1806 y trazar la proyección con alguna exactitud.

Ticknor, padre, á fin de llenar los vacíos de la educación universitaria de su hijo, lo confió al salir de la Universidad á los cuidados y á la amistad de Gardiner, hombre de un mérito real, tanto por naturaleza como adquirido: Ticknor gozó mucho en esta selecta compañía y aprovechó aún más: durante tres años pasó una vida dulcemente ocupada, y después fué colocado en el despacho de uno de los abogados de más nombre del Massachusetts. «Cumplí mi noviciado, dice él, sin ardor y sin fe... evitando siempre que podía las espinas de la jurisprudencia para releer mis autores favoritos en el texto original; mi padre, á quien no podía ocultar nada, percibió muy pronto que no era este mi camino.» Por cada diez jóvenes que abandonan una posición regular por la carrera de las letras, bien puede decirse que nueve no obedecen más que á un deseo de independencia ó de pereza, ó á ambas cosas á la vez. Mayor aún es la proporción de aquellos á los cuales el porvenir se encarga de demostrar este aforismo de Walter Scott: «La literatura es un buen bastón, pero una mala mula.»

No fué, en verdad, por indolencia ó ligereza por lo que el joven Ticknor decidió romper con el bufete en aras de la literatura, sino porque después de reflexionarlo bien, había comprendido que entre la curia y él no había avenencia posible, y que nunca conseguiría extirpar su afición á las bellas letras. «Mi padre, nos dice, comprendía que no faltarían jamás en el país buenos jurisconsultos, porque el bufete ofrecía grandes atractivos para los jóvenes ambiciosos y capaces; por el contrario, viendo cuán pocos se consagraban al cultivo de las letras ó á los trabajos de imaginación, juzgaba que sería prestar un servicio, no sólo al buen gusto, sino á la cultura pública, el favorecer á una condición tan poco deseada.»

Si Ticknor, padre, aceptó francamente este cambio de plan, fué con la condición de que su hijo no pretendería hacerse un nombre en las letras, sino después de haber conseguido todo el desarrollo de que su inteligencia era capaz; pero al mismo tiempo, á fin de precaverle contra el peligro de las producciones demasiado apresuradas, le falicitó bas-

tantes recursos para librarle de toda preocupación pecuniaria.

Ticknor comenzó entregándose con ardor al estudio de la lengua alemana; mas tal era la falta de libros lingüísticos en el Massachusetts hace cincuenta años, que necesitó procurarse un curso de traducciones en un pueblo, un diccionario en otro, y una gramática, por fin, en otro distinto.

Aunque frecuentaba la mejor sociedad de Boston, Ticknor confiesa en sus Memorias que no hizo verdaderamente su aprendizaje de hombre de mundo hasta 1814, durante una larga expedición por Virginia. Sus descripciones del Nuevo Mundo no son ménos interesantes que las que nos ha dejado de la vieja Europa. Hallándose en Filadelfia, asistió á un banquete, y cuenta con la mayor sencillez haber visto por vez primera en su vida un servicio completo de plata para veinte cubiertos y varios criados con librea y cordones.

En Washington, el presidente Madison no sólo le hizo el honor de invitarle á comer, sino de ofrecerle un sitio entre él y su señora, honor, nos dice, que le había valido sin duda la carta de recomendación de Adams. «Me sentí en un principio, escribe, bastante embarazado y torpe, pero fui recuperando poco á poco mi serenidad, y arriesgué unas palabras, cuya vivacidad é independencia consiguieron desarrugar un tanto la fisonomía siempre grave de mi huésped.»

Ticknor continuó aprovechando de este modo el crédito de sus cartas de recomendación; Jefferson, el sucesor de Adams y el predecesor de Madison, le acogió con gran cordialidad durante su estancia en Monticello, hermosa y elegante mansión de campo que había hecho construir en la altura media de una montaña. «Apénas habíamos tenido tiempo de examinar algunos cuadros, entró Jefferson: era todo lo contrario de lo que yo me había imaginado, esto es, tenía una estatura de gigante y un porte majestuoso, pero sus maneras corteses y afables pronto hacían olvidar lo que su aspecto tenía de imponente. Nada podría pedirse á la recepción que nos dispensó: después de haber dado las órdenes convenientes para recoger nuestros equipajes en Charlotte-ville, nos condujo, para esperar la hora de comer, al salón de recepciones, estancia de unas dimensiones excepcionales: el pavimento era un embutido de cerezo y haya, pulimentados y barnizados como la caoba. Esta sala, de 30 piés de elevación, y la antesala donde se nos introdujo, formaban el centro de la casa desde el piso principal hasta el techo. Entre los cuadros ó retratos llamaban la atención los de Cristóbal Colon, Américo Vespucio, Magallanes, La Fayette y Franklin. La biblioteca no bajaba de 7.000 volúmenes; estaba clasificada en el catálogo según el sistema que Bacon formó sobre la división de

las ciencias. La edición más curiosa y que caracteriza perfectamente el odio que Jefferson profesaba á la monarquía, era una reunión de obras que había hecho encuadernar en seis volúmenes con el título de *Libro de los reyes*. Esta colección comprendía: *Memorias de la princesa de Bayreuth*, dos volúmenes; *Memoria de la condesa de La Motte*, dos volúmenes; el *Juicio del duque de York*, un volumen; y por último, *El Libro*, un volumen. Este legajo de los escándalos de la monarquía gozaba del favor especial del filósofo; me lo mostró con una satisfacción poco disimulada que no estaba muy de acuerdo con la gravedad que él exigía para tratar asuntos análogos.» La víspera del día en que Ticknor dejó á Monticello trajo un viajero la importante noticia de la derrota de los ingleses delante de Nueva-Orleans.

Ticknor partió para Europa el 16 de Abril de 1815; cuando dejó á Boston, Bonaparte se hallaba en la isla de Elba; lo primero que supo al entrar en Mersey fué la llegada de Bonaparte á Paris, y el conflicto inexplicable en que de nuevo se veía sumida la Europa.

«Entre todas las revoluciones que ha experimentado el mundo moderno; no se encuentra acontecimiento tan extraordinario como éste; no se le puede medir ni comprender: cuando Napoleon hubo dejado la Francia, millones de hombres experimentaron un bienestar y un consuelo inefables; todos parecían renacer á la esperanza de bajar en paz á la tumba y transmitir intacta á sus hijos su herencia. Mas desde el instante en que el águila reaparece, la Europa se contempla presa de espantosas desdichas. Dios sólo puede conocer las consecuencias de todo esto, y puede conjurarlas; por muy terrible que llegue á ser esta convulsión, la lección que de ella saldrá quizá sea necesaria para la purificación de los gobiernos corrompidos de la Europa y el reposo del mundo.»

Estas reflexiones hacen honor al espíritu elevado, á los generosos sentimientos y á la profunda perspicacia de Ticknor: por inverosímil que parezca, es cierto, sin embargo, que muchos ingleses más ó ménos apasionados por las preocupaciones de partido, no participaban de esta opinión. El doctor Paw, entre otros, á quien Ticknor halló en Hatton de viaje como él para Londres, se alababa de no acostarse nunca sin suplicar á Dios que concediese á Napoleon el triunfo y la gloria.

Como Ticknor no residió más que un mes en Londres, es de creer que haya aprovechado muy bien el tiempo, porque ántes de su partida se le ve solicitado por todas las notabilidades de entónces. El 20 de Junio, la fecha es memorable, fué recibido por lord Byron, gracias á una carta de recomendación de Gifford, el director de la *Quarterly*.

En esta ocasion, tampoco las figuraciones de nuestro jóven viajero quedaron justificadas, porque el exterior del noble poeta no era ni sombrío ni melancólico como él se había imaginado. Exceptuando su pié defectuoso, tenía el cuerpo derecho y bien formado, el rostro ovalado, franco y sonriente, sin dureza ni frialdad; los ojos pardos más bien que negros; el aspecto natural y sencillo, sin malicia ni ironía. En esta entrevista entre Ticknor y lord Byron, cuando los dos se esforzaban en mantener viva la conversacion sin conseguirlo, fué cuando James Burges entró en el salon como un huracan, diciendo:

—Se acaba de dar una gran batalla en Waterlloo: Bonaparte ha sido vencido. ¡Honor y gloria á Wellington!

—¿Es posible?—exclamó lord Byron con tono del que teme la confirmacion.

—Nada es más cierto,—respondió sir James Burges;—un ayudante de Wellington ha llegado ayer noche; yo lo encontré cuando iba á casa de lady Wellington; segun el relato de este ayudante, el ejército frances ha debido replegarse sobrè el camino de Paris.

Despues de un instante de silencio, Byron replicó con viveza:

—¡Dios mío, cuánto lo siento! ;Yo que contaba vivir bastante tiempo para ver la cabeza de Castle-reagh colocada sobre una pica! ;Es un sueño que las circunstancias disipan!

Tal fué, dice Ticknor, la impresion que produjo sobre el poeta la primer noticia de la batalla de Waterlloo.

El 22 de Junio, Ticknor encontró á lord Byron en un club literario, y se alegró mucho de verle en un sitio donde tenía por interlocutores personas que se consideraban iguales á él: la conversacion recayó naturalmente sobre la batalla de Waterlloo; los amigos del gabinete no dejaron de prodigar felicitaciones satíricas á lord Byron, mas él las recibió sin irritarse, con gran sorpresa de Ticknor: á pesar de ello, persistió en sostener con calor que la situacion de Napoleon no era todavía desesperada.

Lord Byron, por lo demas, no ha ocultado nunca sus opiniones sobre este punto: las declara á cada instante en sus cartas y Memorias. Despues de la batalla de Leipzig, escribía:

«Aunque no me gusta la segunda manera de obrar de Napoleon, sus levas de hombres, sus movimientos de tropas, que manifiestan demasiado los artificios del organizador, espero todavía que ha de dar un gran golpe... Ser batido por hombres no significa nada; pero por esos viejos estandartes de reyes legítimos, ¡me parece una verdadera deshonra! Cubbett cree que es la consecuencia del matrimonio del emperador con la princesa austriaca: mejor

hubiera hecho, en efecto, en sostener á la protegida de Barras: por mi parte, no he tenido jamás confianza en estos desposorios desproporcionados y ilegales.»

M. Ticknor encontró con frecuencia en Lóndres á sir Humphry Davy, uno de los más grandes científicos de nuestra época. Ticknor se sorprendió mucho de ver un hombre de superioridad tan reconocida en las ciencias amar las artes con pasion y la poesia con locura. «Si se me pusiera en la alternativa, decía el sabio Davy, de elegir entre la pesca y la filosofia, mucho habría de vacilar ántes de decidirme.»

Madame de Staël se cómplacia en decir que lady Davy tenía muchos puntos de contacto con Corina, aparte de sus excentricidades y defectos. Entiéndase que Madame de Staël creía ser su misma heroína. Ticknor, concediendo á lady Davy una imaginacion viva y brillante, expedicion en la palabra y elevacion de espíritu, decía hablando de ella:

«Sin pretender compararla con Corina, la creo, no obstante, favorecida con dotes excepcionales.»

Davy dió cuenta á Ticknor de que hallándose en Coppet, Madame de Staël le enseñó algunas páginas de un trabajo que había comenzado sobre Inglaterra, bajo el mismo plan de la obra sobre Alemania, aunque la mitad ménos extensa. Madame de Staël propuso á Murray el editarla mediante 100.000 francos.

Lord Byron habla tambien de estos 100.000 francos en sus Memorias.

«Un dia, habiendo ido á visitar á West en su estudio, dice Ticknor, nos contó, á propósito de su cuadro en que pinta la muerte de Nelson, la siguiente anécdota: «Nelson iba á partir para su última campaña; yo me encontraba sentado frente á él en un banquete dado en obsequio suyo. El ilustre marino expresaba su disgusto por ser completamente inepto para las Bellas Artes en general y para la pintura en particular.—Sin embargo, me dijo, un cuadro que yo no puedo ver sin emocion es aquel en que habeis representado la muerte de Wolf. Me detengo delante de todos los escaparates donde se expone. A mi juicio, es vuestra obra maestra: ¿cuándo tendrá, pues, una digna compañera?—Falta á mi inspiracion el elemento vital, le contesté, pero cuento con que vuestro heroismo me proporcione asunto para otro cuadro.—¿Es cierto eso? replicó vivamente Nelson llenando mi vaso de Champagne; ¿es cierto eso, M. West? Entónces deseo morir en la próxima batalla.—A pocos dias de esto, Nelson se embarcaba. Ya se sabe de qué modo ha cumplido su compromiso. Hé aqui cómo he cumplido yo el mio.»

Ticknor dejó la Inglaterra en el mes de Junio y llegó á Göttingen, pasando por Rotterdam, La Haya, Linden y Amsterdam, el 15 de Agosto de 1815. Göttingen era entónces la primera Universidad de

Alemania. «Experimenté, dice, al llegar aquí, el sentimiento del peregrino que alcanza á ver el santuario de su fe.» Los placeres de la sociedad, que para todos son enervantes, no habían debilitado en Ticknor la pasión de aprender. Se levantaba á las cinco y se acostaba á las diez, dedicando en sus doce horas de estudio partes iguales al latín, al griego, al alemán, á las matemáticas, á la teología y á la historia natural. Respecto á las visitas, Ticknor era muy parco. «Todo hombre, decía, que aspire seriamente á ser erudito, debe contentarse con ver á su mejor amigo una vez por semana.» Uno de sus recuerdos más divertidos acerca de los profesores de Göttingen, es aquel en que relata cómo se complacía Blumenbach, cuya vena y humor eran inagotables, en irritarle, estableciendo un paralelo entre los pieles-rojas y los americanos del Norte, doctrina que fundaba en la autoridad de los maestros de la ciencia, como Buffon y Raynal.

En Octubre de 1816, Ticknor trabó conocimiento en Weimar con Goethe, que le habló largamente de Wolf y de Byron. Decía Goethe á Ticknor «que no había concebido nada más novelesco que las peripecias de la separación que tuvo lugar entre el poeta y su mujer.»

Teniendo presente la afición de los alemanes á la metafísica, se decía en otro tiempo que el imperio del aire les pertenecía, como el de la tierra á la Francia y el de la mar á Inglaterra: es preciso modificar este juicio desde que los alemanes han arrancado á Francia su privilegio y se proponen abiertamente despojar á Inglaterra del suyo, si esto es posible.

En Noviembre de 1816, Ticknor recibía una carta que le anunciaba su nombramiento de profesor de Bellas letras en la Universidad de Harvard; se debatió durante un año por una y otra parte las condiciones pecuniarias del contrato; cuando estuvieron ajustadas, Ticknor exigió, como última condición para aceptarlas, el permiso de proseguir su viaje de exploración literaria y científica por Europa, comprendiendo en él una residencia de seis meses en la Universidad de Salamanca. Dejó á Alemania en 1817, y atravesando la frontera, pisó por primera vez el suelo francés.

Las reflexiones de Ticknor destruyen por completo sobre este punto la teoría de Mme. Staël, la cual sostiene que el carácter nacional de ambos pueblos no se distingue sino al llegar al Rin. Ticknor, por el contrario, pretende que desde Francfort á Strasburgo la población se transforma gradualmente; se muestra más alegre, más abierta; cede con mejor voluntad al atractivo del aire libre, al gusto del aseo y compostura; es más excitable y más fina. En Strasburgo dominan todavía los rasgos tudescos; se habla alemán hasta Luneville; pero aquí

todo se hace completamente francés: los habitantes, las habitaciones, los zuecos y los impuestos. La observación de Mme. de Staël hace más honor á su patriotismo que á su penetración. Nos recuerda el sentimiento de entusiasmo, pero poco sensato, con el que ciertos franceses acogieron la declaración de guerra de 1870.

A las causas que han contribuido á formar la fama de la conversación francesa deben unirse las que han hecho considerar á Paris como la capital del mundo.

Una de las primeras comidas á que asistió Ticknor en Paris, fué en casa de Mad. de Staël; no pudiendo presidir su mesa por hallarse indispuesta, confió sus poderes á la duquesa de Broglie, su hija. Entre los convidados se encontraban aquel día lord y lady Davy, Humboldt, el duque de Laval, Schlegel, Augusto de Staël y la duquesa de Broglie. «Allí fué, dice Ticknor, donde yo fui por primera vez iniciado en los encantos de la sociedad francesa, tan célebre desde Luis XIV.» Este juicio no está muy fundado bajo cierto aspecto, pues hay que tener en cuenta el carácter cosmopolita de esta reunión, compuesta en su mayor parte de extranjeros. «En otra comida que tuvo lugar en la misma casa, relata Ticknor un poco más lejos, el más amable de los convidados era sin duda ninguna Pozzo di Borgo, corso de origen y á la sazón embajador ruso en Paris. La pequeña duquesa de Broglie le admiraba tanto, que á cada instante se precipitaba en el gabinete de Mad. de Staël para darle cuenta de los chistes y donosuras de este incomparable decidor; yo no entiendo cómo un extranjero puede llegar á poseer de este modo el genio francés; nada más delicado y gracioso que sus dichos. Yo se lo hice notar á Schlegel, y me contestó que no le conoció otro rival más que Benjamin Constant.»

En la época más floreciente del siglo XVIII brillaban en la sociedad parisien cierto número de extranjeros distinguidos. Los nombres del príncipe de Ligne, Grimm, de Hume y de Walpole, son testimonios de esto. Ticknor dice que lo que él admiraba sobre todo en Pozzo di Borgo era la facilidad y la gracia con que lanzaba sus frases epigramáticas, talento que los franceses estiman sobre todas las cosas. Nadie ha sido provisto con tanta abundancia de esta vena y aptitud como Madame de Staël. En la época á que nos referimos, sus médicos formaban una verdadera guardia en torno de su lecho, y Ticknor fué durante largo tiempo recibido en casa de ella sin lograr conocerla. Por último, el 10 de Mayo de 1815, Augusto de Staël escribió á Ticknor invitándole á comer el día siguiente en la intimidad de la familia, y prometiéndole presentarle á su madre con ó sin el permiso de la facultad de medicina.

«Llegué temprano, dice Ticknor; se me introdujo inmediatamente en la cámara de Mad. de Staël; estaba en la cama: su palidez, su debilidad, su abatimiento indicaban claramente largos sufrimientos; el solo movimiento de sacar la mano para buscar la mia, le costó un esfuerzo que me impresionó penosamente. Mad. de Staël lo percibió, y me dijo: «No es posible juzgar por lo que estais viendo; no soy yo, no es más que la sombra de lo que yo era hace cuatro meses, sombra que quizá desaparecerá muy pronto.» Yo le contesté que no era esta la opinión de los médicos. «Sí, continuó ella, lanzando una mirada ardiente y como orgullosa anticipadamente del efecto que iba á producir; sí, lo sé, pero ellos muestran en esto tanta vanidad, que no me fio del todo; no me curaré jamás de esta enfermedad, estoy bien segura.» La duquesa de Broglie, que oyó esta última frase, se fué á la ventana para disimular su emocion. Madame de Staël lo percibió, y abandonó el asunto completamente personal de la conversacion para hablarme de América. Todas sus reflexiones llevaban el sello de esa imaginacion que presta una energía tan singular á sus obras, y que la han hecho durante tanto tiempo el ídolo de la sociedad francesa: observé que siempre que la ilustre enferma emitía una idea luminosa ó enérgica, su lánguida fisonomía presentaba una animacion que contrastaba singularmente con su débil organismo. «Yo os considero, me dijo, como la vanguardia del género humano; sois el porvenir del mundo.» En la expresion que tomó su rostro al pronunciar estas palabras, vi que el orgullo de la mujer de genio conservaba aún en ella toda su vitalidad.»

(*Quarterly Review*).

(Concluirá.)

CONTROVERSIA LITERARIA.

(EL ÚLTIMO DRAMA DE ECHEGARAY.)

II.

Sr. Director de la REVISTA EUROPEA.

Querido amigo: Ya que generosamente concedió usted hospitalidad á mi desaliñado trabajo acerca de un drama del Sr. Echegaray, fuerza será que complete tan señalada como innecesaria merced reservándome un rincón de su acreditada REVISTA para contestar al distinguidísimo escritor y celebrado crítico D. Manuel de la Revilla, que, desde las columnas de la *Revista Contemporánea*, ha impugnado mis humildes observaciones.

Sospecho, en verdad, que he cometido inexactitud diciendo que el Sr. de la Revilla impugnaba mis observaciones; lo cierto es que acerca de ellas dice el mencionado crítico lo siguiente:

«El trabajo del Sr. Sanchez Perez tiene dos partes: una defensa del público que ha aplaudido el drama del Sr. Echegaray, y una del drama mismo.»

Acerca de la primera parte, dice el Sr. Revilla:

«La primera pudo excusarla el Sr. Sanchez Perez, pues nosotros no hemos atacado al público.»

Con respecto á la segunda, dice:

«De la defensa del drama del Sr. Echegaray no podemos ocuparnos, porque nos falta espacio para ello. Mucho habría que decir sobre esta parte del trabajo del Sr. Sanchez Perez; pero por hoy basta.»

En cuanto á lo primero, claro es que nada tengo que decir. El Sr. de la Revilla entiende que no ataca al público afirmando que *ninguna* obra del Sr. Echegaray puede resistir la crítica más somera; que *todas* tienen innumerables defectos de fondo y de forma, y que la última *es la peor* de todas: el Sr. Revilla juzga que no es ofensivo para los espectadores el recurso de compararlos con fieras enjauladas á quienes el domador fascina, como medio único de explicar sus aplausos; yo entiendo y juzgo de distinta manera; entre una y otra opinion no he de ser el encargado de elegir: el público, que á uno y á otro nos juzga, sentenciará como otras veces: á su fallo me someto.

En cuanto á lo segundo, y como parezca que en ese *basta por hoy*, que pone fin al párrafo reproducido, va envuelto implícitamente el ofrecimiento de dejar para otro dia lo mucho *que hay que decir* y de lo que nada se dice, claro es que debo limitarme á esperar la contestacion para replicar, si puedo, ó para confesarme vencido.

Y aquí habría yo terminado mi contestacion provisional; si entre ambas afirmaciones no se hubiese dignado el severo crítico de exponer, como de mi cosecha una doctrina, que, segun él, de ser aceptada, destruiria por su base la crítica y la misma estética, sirviendo, amén de esto, para ayudar al triunfo de la corrupcion, al descrédito de la ciencia, á la divinizacion del éxito y á la apoteosis del juicio del vulgo.

Confieso ingenuamente que cuando ví caer sobre mí tal cúmulo de cargos, me sentí abrumado por su pesadumbre y en situacion algo parecida, si cabe lo vulgar del simil, á la del infeliz aldeano que, admitido repentinamente en reunion de personas cultas, pretende imitar maneras que por completo desconoce, consiguiendo sólo cometer torpezas sobre torpezas, ensartar necedades sobre necedades, y ahora destroza el riquísimo vestido de la señora de la casa, y despues derriba la mesa cuajada de preciosidades artisticas.

Muy de veras deploraba yo haber penetrado temerariamente en terreno vedado para mí, para lograr los resultados que el señor de la Revilla se

complacía en enumerar. Leí mi pobre trabajo, lo leí todo con justificado temor, y me convencí de que el crítico no lo había leído con detenimiento: ni yo me hubiese atrevido á exigir de él tan costoso sacrificio.

Fácil es, muy fácil, extremar todas las ideas y llevarlas de ese modo hasta el ridículo; sencillo exagerar todos los principios, aun los más respetables, y presentarlos en caricatura; las obras más sublimes se parodian con un poco de agudeza de ingenio; pero ni este recurso, de éxito casi siempre seguro en polémicas sostenidas de viva voz, en que la impresion del momento tiene verdadera importancia, en que la pasión se sobrepone muchas veces al raciocinio, puede ser empleado en controversia sosegada y tranquila en que la defensa sigue al ataque con algunos días de intervalo, ni el Sr. Revilla, cuyo claro talento reconocen amigos y adversarios, podía apelar á recursos pueriles y trasnochadas habilidades.

No: lo que hay es que el Sr. Revilla no ha tenido por conveniente leer mi trabajo, y le alabo el gusto, bien que no pueda alabar del mismo modo la ligereza de contestar á él sin conocerle.

Ni yo he dicho que la ciencia sea inútil para el crítico, ni yo habría podido afirmar que la experiencia basta para juzgar las obras de arte ó para producirlas.

He dicho sí; y lo repito ahora, que las preocupaciones de escuela suelen oscurecer el juicio; he dicho, y lo repito, que *acaso* (no me aventuro á más), que acaso la ciencia y el ingenio no son suficientes para producir y juzgar las obras artísticas, si no van acompañados por la experiencia, el conocimiento del mundo y del hombre con todas sus grandes pasiones y todas sus debilidades; y que en esto opina lo mismo el Sr. Revilla, diciéndolo claramente las siguientes palabras que, refiriéndose al drama *El fruto vedado*, escribe, por cierto en el artículo de que ahora trato.

«*El fruto vedado*, dice el Sr. Revilla, es el drama que puede concebir un colegial que tiene inspiración lírica, y que *conoce de oídas el corazón humano y la sociedad.*»

Véase, pues, cómo el Sr. Revilla considera necesario el conocimiento del corazón humano, el de la sociedad, para producir una obra dramática, y no puedo suponer que lo crea innecesario para juzgarla.

Creería yo inferir ofensa á mis lectores, y aun al mismo Sr. Revilla, si explicase ahora que, considerando como una necesidad la experiencia, no quise decir, ni presumí que entendiésemos nadie, «*experiencia en hechos exacta y perfectamente idénticos á los que en la obra se presentan:*» muchas son y de muy distinta índole las desgracias que pueden atormentarnos; muchas formas pueden revestir y en muchas ocasiones distintas pueden nacer el triste

desengaño y la horrible desesperación; y en este concepto, sin exigir identidad absoluta de circunstancias, creo que la experiencia de la desgracia da condiciones para juzgar la desgracia, que el conocimiento práctico de ciertas situaciones facilitará la rectitud del juicio al estimar situaciones que con ellas tengan analogía: y no creo preciso insistir en esta afirmación cuya evidencia me parece innegable.

Prescindo, por ahora, de tratar el grave asunto de la competencia *del público* en cuestiones de arte: no rehuyo la polémica, ántes bien estoy dispuesto á sostenerla en los límites de mis escasos alcances; pero sin que esto envuelva censura á mi érudito y temible adversario, creo que tal discusión pecaría aquí de impertinente. Conste, sin embargo, y anticipo esta afirmación á fin de que no puedan tacharme de reservado, que en mi opinión el juicio *del público* (no *el vulgo*, como el Sr. Revilla dice) es muy atendible y debe pesar mucho en la consideración del hombre estudioso, por grande que su ciencia sea y aunque sean profundos sus conocimientos.

Para el público escribe sus dramas el poeta, para el público expone el pintor sus cuadros, para el público pronuncia sus discursos el orador, y ese público estimula al artista con sus aplausos: el mismo Sr. de la Revilla escribe para el público, y aún desea la pública aprobación; no es posible, por consiguiente, tener en poco, menospreciar con desden injustificado el juicio de ese público, cuyos aplausos, cuyos vítores y cuya aprobación solicitan y anhelan los que más se jactan de desdeñarlo.

Sentado esto, y sentado también que en lo relativo á la obra del Sr. Echegaray nada ha combatido, por hoy, mi estimable amigo de lo que yo tuve la honra de sostener en mi anterior trabajo, pongo fin á esta carta, demasiado extensa, manifestando á usted, señor director, todo mi reconocimiento por su excesiva galantería, y reiterándome suyo seguro servidor Q. B. S. M.

A. SANCHEZ PEREZ.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

III.

Dada en la última lección una idea general de la historia terrestre, conviene á mi propósito, concretando más el asunto, ofrecer á vuestra consideración el cuadro de los terrenos eruptivos y de sedimento, dando de cada uno de ellos una sumaria descripción, con el fin práctico de aplicar estos conocimientos á la estructura geológica de nuestro

suelo, con la que tan estrechas relaciones tiene la agricultura pátria. Con efecto, si la composición mineral de la tierra y del subsuelo dependen casi siempre de la naturaleza de las rocas que los constituyen, como, entre otras cosas, lo prueba la diferente índole de las variadas circunscripciones agrícolas de la Península, tales como la Alcarria, la Alpujarra, la Serena, la tierra de Campos, etc., etc.; y si además ha de buscar y encontrar el labrador en aquellos materiales terrestres los medios más directos y eficaces para mejorar las condiciones de fertilidad de sus campos, oportuno y hasta necesario considero el exámen de la estructura y composición del suelo geológico para hacer después útiles aplicaciones á nuestra agricultura. Hoy, señores, cuando por todas partes se nota cierta predilección por estas cuestiones, como lo demuestra el hecho muy significativo de haber inaugurado en la capital del reino las conferencias agrícolas nuestro joven Monarca, de cuyos augustos labios oímos anteayer frases tan elocuentes como enérgicas encaminadas á combatir la ignorancia con todas sus fatales consecuencias, y á enaltecer el trabajo y la aplicación, conviene que secundemos tan laudables propósitos; y ya que de agricultura se trata, empecemos por el principio, esto es, por el conocimiento de la composición geognóstica de nuestra pobre España, para ver si por este conocimiento prévio logramos mejorar las condiciones de fertilidad de sus diversas comarcas, en la cual debe fundarse su futura grandeza. Tanto más necesario es proceder así, cuanto que este es un estudio completamente nuevo y desconocido entre nosotros, no obstante su reconocida importancia. No se da á la Geología, á la Química ni á la Física todo el desarrollo que se merecen en la organización de las Escuelas de Agricultura, de cuyo arte puede decirse son aquellos ramos su principal apoyo, supuesto que de aquellos ha de sacar el propietario las reglas y preceptos cuya oportuna y acertada aplicación imprimen el carácter científico sin el cual el arte de cultivar los campos se convierte en inconsciente y fatal rutina. Es preciso desengañarse, señores: ó se estudian todas estas ciencias en el sentido indicado y se completa la agricultura con el poderoso y eficaz auxilio de la mecánica y de la industria, ó aquella no saldrá nunca entre nosotros del deplorable estado en que hoy la vemos. El dilema es inevitable: ó se estudia mucha Geología, Química, Física, Historia natural y Mecánica, y seremos ricos por los pingües productos naturales que obtendremos y por su oportuna transformación; ó seguiremos siendo pobres por la peñeza y la ignorancia.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, inspiradas por el más acendrado patriotismo, empecemos nuestra obra dando á conocer lo que en esta conferencia me propongo.

Todos los materiales que vemos en la superficie, proceden, ó del primer enfriamiento y oxidación de la costra sólida, ó de la sucesiva aparición de las rocas que se llaman hipógenas por venir de abajo, y también eruptivas por el modo como aparecieron al exterior. Sometidas empero después de su consolidación á la inmediata y eficaz acción de los agentes exteriores, y principalmente á la del agua, de la atmósfera, del calor, electricidad, etc., se desmoronaron y disgregaron primero, y más tarde se descompusieron químicamente, y arrastrados los detritus por las aguas, dieron origen, como hoy lo dan, á los terrenos llamados de sedimento y de

acarreo. De aquí la primera división que en el estudio de los materiales terrestres se hace en dos grandes grupos, representado uno por las rocas eruptivas, y el otro por las de sedimento; cada uno de estos se subdivide á su vez, aquel en eruptivas hidro-termales, por haber intervenido en su formación el agua y el fuego (granitos y pórfidos), é igneas ó volcánicas (traquita, basalto y lava); las de sedimento forman varios grupos, á saber: normales y metamórficas por haber sufrido alguna transformación después de consolidarse (gneis y pizarras, calizas sacaroideas, dolomia, termantidas, etc.); las normales, según que sean de sedimento químico ó mecánico, forman otras divisiones subalternas, en las cuales se incluyen las calizas, los yesos, las rocas metálicas y las arcillas, las arenas y areniscas, etc. A estos grupos hay que agregar los de las rocas llamadas orgánicas por su procedencia vegetal ó animal, aquellas representadas por las resinas fósiles, los betunes y los carbones-turba, lignito, ulla, antracita, grafito y diamante,—y éstas por el guano, las calizas y sílices orgánicas, etc.

Estos materiales hallanse dispuestos de diferentes maneras en la costra sólida, dando origen á las formaciones y terrenos, éstos representando en su conjunto las diferentes épocas de la historia de nuestro planeta, aquellas poniendo de manifiesto las diferentes causas que en todas ellas han actuado: así decimos terrenos primarios, secundarios y terciarios; formaciones terrestres y marinas, lacustres ó fluviales, etc. Los terrenos se definen diciendo que son conjunto de materiales que se han depositado ó aparecido en un período cualquiera del desenvolvimiento del globo; por donde se ve que en un mismo terreno, al cual va unida la idea de tiempo, pueden existir formaciones las más diversas, por cuanto estas representan el concepto de espacio y de actividad de las fuerzas que sobre y dentro de la tierra funcionan.

Para comprender la estructura geológica de una comarca cualquiera, conviene en consecuencia estudiar los terrenos compuestos á su vez de formaciones, siquiera la claridad y el método exijan que no se confundan estos dos elementos que bajo diferentes aspectos la representan. Veamos, pues, cuántos y cuáles son los terrenos que en general se admiten en el estado actual de la Geología, y después será fácil averiguar los que imprimen carácter á la estructura geológica de nuestra Península; y como quiera que no ha de limitarse esta reseña á la simple indicación de los nombres con que aquellos se conocen, sino que se completará su conocimiento con la breve descripción de los materiales que los constituyen, de aquí la utilidad de esta reseña en sus aplicaciones á la agricultura.

Dos grandes grupos se forman con los materiales terrestres; á saber, eruptivos y de sedimento; aquellos representan la primera capa de consolidación, que con las sucesivas apariciones del interior determinan una serie no interrumpida desde la oxidación de los granitos, por ejemplo, hasta las erupciones que arrojan de las profundidades del globo los torrentes de lava que vomitan el Etna ó el Vesubio y demás volcanes activos. Los materiales de sedimento se hallan en forma de bancos ó capas en sobreposición normal, los más antiguos sobre los materiales de primera consolidación, y los restantes, los más modernos, sobre los anteriores; disposición que ha facilitado sobremanera conocer la edad absoluta y relativa de un terreno, pues

cuando no experimentaron movimientos posteriores, siempre los estratos de encima son más modernos que los infrapuestos. Además de esta circunstancia, existe otra no menos importante para esclarecer el asunto, y es, que cada grupo de rocas estratificadas contiene una fauna y una flora, ó sea un conjunto de animales y plantas diferentes de los anteriores y posteriores, y tanto más análogas á las actuales, cuanto más moderno es el terreno. A favor de todos estos datos, y en especial del último, que se llama carácter paleontológico, verdadera piedra de toque que resuelve todas las dificultades que en la práctica suelen ocurrir, se conoce hoy la historia de todas las vicisitudes de la tierra tan perfectamente como la política, literaria ó religiosa de una nación cualquiera. Fundados en tales antecedentes, dividen hoy los geólogos los terrenos de sedimento en cuatro grandes eras ó períodos de desigual extensión é importancia, llamadas primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria; las cuales han recibido los nombres de *paleozoica*, *mesozoica*, *cenozoica* y *neozoica*, que, traducidos al lenguaje vulgar, significan época de animales antiguos la primera, de animales medios la segunda, de animales recientes la tercera, y de animales modernos la cuarta y última. Como alguno de estos períodos representa por el número y potencia de sus materiales espacios verdaderamente extraordinarios de tiempo, con el fin de facilitar la perfecta inteligencia de todos los acontecimientos que así en lo orgánico como en lo inorgánico terrestre ocurrieron, los geólogos admiten divisiones de distinto orden é importancia. Estas son en la época paleozoica cuatro, llamadas terrenos, que de abajo arriba son el silúrico, devónico, carbonífero y pérmico; tres en la mesozoica, triás ó triásico, jurásico y cretáceo; otras tantas en la cenozoica, y son los horizontes eoceno, mioceno y plioceno; y, por último, dos, cuaternaria y actual, en la neozoica, siquiera algunos autores no quieran ver en este último período de la tierra terrestre sino el principio de una edad del globo que empezó y no ha terminado aún. Cada uno de estos terrenos ofrece una composición mineral y orgánica propia, junto con accidentes estratigráficos que sirven para distinguirle; así, pues, el silúrico está representado por pizarras, cuarcitas, conglomerados silíceos y poca caliza; en el devónico, aunque siguen predominando las rocas del anterior hasta el punto que en muchos casos es harto difícil distinguirlos, á no ser por los fósiles que son diferentes, ya empieza á desarrollarse el elemento calizo; en el carbonífero, así llamado por la ulla que contiene, se encuentran grandes bancos de mármoles negros, por lo común en la base, sigue la arenisca, y termina por arriba por numerosas series de pizarras arcillosas con las impresiones de las hojas y otros restos de las plantas, cuya fosilización formó aquel combustible; este terreno, más que agrícola es esencialmente industrial, pues completa su riqueza las grandes masas de excelente hierro que contiene. Del terreno pérmico poco puede decirse, ya que su existencia en la Península es todavía problemática. El triás ó triásico, muy desarrollado por el contrario, se llama así porque consta de abajo arriba de areniscas, de calizas magnésicas y de arcillas de varios colores, mal llamadas margas, con yeso y sal; el jurásico casi puede decirse que en nuestro suelo se halla representado por calizas, arcillas y margas, con escaso elemento arenoso de colores oscuros en la base, más ó menos claros en la parte superior. En

el cretáceo adquieren nuevo predominio las arenas y areniscas, alternando con calizas, arcillas y margas con excelentes condiciones para pozos artesianos. El terciario ofrece en abundancia calizas, arcillas con sal y yeso, margas areniscas y conglomerados; y, por último, el cuaternario, formado á expensas de todos los anteriores, se halla representado por la más variada composición mineral y aún orgánica, de donde procede su reconocida fertilidad.

En la lección próxima haremos aplicación de todo esto á la estructura geológica de la Península sobre el excelente mapa que teneis á la vista, debido á la laboriosidad é inteligencia del Sr. Botella.

J. VILANOVA.

5 Diciembre 1876.

SECCION DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS.

La Constitucion política de Inglaterra.

Usó de la palabra el Sr. Fuentes, manifestando que si bien se hallaba conforme con el Sr. Sánchez en rechazar el Jurado para España, creía, no obstante, que aquel orador no había dado una fórmula aceptable para que la justicia se administre cumplidamente en España y se destierren de ella los abusos que la afean.

Refiriéndose despues al discurso del Sr. Iñigo, encuentra que si bien éste no había presentado la Constitucion aragonesa como digna de imitarse hoy por nuestros legisladores, no había dado tampoco una fórmula mediante la que esta imitacion pudiera realizarse.

Haciéndose cargo del discurso del Sr. Montoro, manifiesta que no encuentra bien que éste haya elogiado á la revolucion francesa. No está conforme con el Sr. Moret en afirmar que Cronwell fué el que devolvió á Inglaterra su Constitucion depurada de los abusos é injusticias que poco á poco se habían ido introduciendo por los reyes; ni con el señor Figuerola en creer que la prosperidad de Inglaterra se debía en gran parte á la ruptura con Roma. Enrique VIII, dice, no dió la libertad á Inglaterra, antes por el contrario se la arrancó.

Afirmó despues que si Inglaterra tiene libertad de conciencia, se la debe á los católicos y principalmente á O'Connell, que con su palabra de fuego supo reivindicar esta libertad para sus hermanos los católicos perseguidos de Irlanda. Deplora el nuevo proceder de Inglaterra con Irlanda, y las crueles persecuciones de que hoy son victimas los católicos en Prusia, extendiéndose despues en una serie de consideraciones sobre estos puntos.

—La presidencia concedió despues la palabra al Sr. Pedregal.

El orador hace presente que juzga, como el señor Figuerola, que Enrique VIII prestó un servicio eminente á Inglaterra rompiendo con Roma. Esto no obstante, Enrique VIII no puede ser considerado como un ministro del progreso, porque sus resoluciones pendían en gran parte de miras mezquinas y personales. En su divorcio con Catalina de Aragon afirma, á pesar de esto, que no es suya la culpa principal, sino del cardenal Woelsey, que con sus consejos le precipitó á tan desastrosa determinacion. Cita, á propósito de esto, unos documentos del Calendar inglés, por los cuales se echa de ver claramente que la vida matrimonial de Enrique con Catalina de Aragon ha sido muy distinta cosa de lo

que vulgarmente se supone. Deplora, como el señor Sanchez, las atrocidades que Cronwell cometió en Irlanda, pero recuerda á éste que alguna disculpa merecen despues de las cruentas matanzas llevadas á cabo por los católicos en el distrito de Vester en los escasos protestantes que allí existían. La revolucion inglesa concluye desgraciadamente con el estéril sacrificio de Carlos I. Es una mancha de Cronwell el no haber sabido resistir en esta ocasion á las exigencias del ejército. Afirma que Cronwell era partidario de la libertad religiosa, y si perseguía á los católicos no era en calidad de herejes, sino como enemigos políticos. Afirma tambien que en tiempo de Cronwell existió libertad civil y política; sus violentas determinaciones con el Parlamento, dice, tenían por objeto purificarlo de aquellos gérmenes de corrupcion que en él se habían desarrollado en tiempo de los últimos reyes. Los que condenan á Cronwell no recuerdan que la venida de los Stuardos Carlos II y Jacobo II se señala por una feroz reaccion, en la que se dió muerte á multitud de inocentes. Estos hubieran conseguido arraigar el despotismo en Inglaterra á no haberles salido al paso la cuestion religiosa, porque aparentando estar de acuerdo con la Reforma eran católicos de corazon, y esto fué lo que precipitó su caída. La libertad política va siempre estrechamente unida á la libertad religiosa. Si esta cuestion no se hubiera ofrecido á los Stuardos, la libertad no se hubiera salvado en Inglaterra. Ni el Parlamento ni el Jurado eran bastante poderosos y enérgicos para salvarla.

Tampoco en España las Córtes consiguieron sostener la libertad, aunque su firmeza y decision superaron bastante á las del Parlamento inglés. Recuérdese, si no, á aquellos enérgicos procuradores que se negaron á votar los subsidios que demandaba Carlos I y despues Felipe II. Mas aquí desgraciadamente la intolerancia religiosa secaba las fuentes de la vida. En Inglaterra, por el contrario, la diferencia de las opiniones y la lucha de las ideas hizo absolutamente necesaria la libertad. La persecucion religiosa en aquel pais tuvo lugar ántes de Guillermo III, pero se desató lo mismo contra los católicos que contra los presbiterianos. La casa de Hannover es la que trae la libertad á Inglaterra y en ella se arraiga cada vez más el predominio de la Cámara de los Comunes, hasta el punto de ser hoy el verdadero y efectivo poder del Estado, pues la monarquía y la Cámara de los Lores se conservan con una mision reguladora por respeto tradicional.

Refiriéndose despues el orador á nuestra patria, afirma que si bien Inglaterra gozó desde muy antiguo del privilegio de la Carta-Magna, de más antiguo todavía existían en Castilla y Aragon Códigos donde se reconocen con mayor claridad los derechos del hombre y del ciudadano. Bien puede decirse, sin temor de ser parciales, que al advenimiento de los Reyes Católicos gozaba España de más libertad que Inglaterra. El orador opina que nuestro pais perdió sus sagradas libertades, no porque los Comuneros fuesen vencidos en Villalar por el despotismo extranjero, sino porque los Comuneros no acertaron á oponer un rey á otro rey, un rey español á un rey extranjero, pues en aquellos tiempos no era posible levantar una bandera que no se amparase en el prestigio de la monarquía. Si hubiesen hallado fuerza en doña Juana, cuya locura, por por otra parte, nos parece muy problemática, las libertades de Castilla y Aragon no se habrían extin-

guido tan pronto. La casa de Austria dejó de reunir Córtes, y no quedando más poder que el del monarca, la tiranía se arraigó profundamente en nuestro suelo. Esta casa consiguió extirpar los gérmenes de contradiccion religiosa, merced al execrable poder de la Inquisicion que la prestó su ayuda; y de esta suerte la libertad, no hallando válvula ninguna por donde respirar, quedó totalmente asfixiada.

Al producirse en Francia la gran revolucion que reivindicó los derechos de la humanidad, este pais, lo mismo que España, necesitó implantar las reformas liberales repentinamente, porque venían viviendo bajo un régimen despótico. En Inglaterra, por el contrario, donde la libertad está consagrada por la historia, no se han experimentado desde su gran revolucion esas catástrofes y violentas sacudidas por que están atravesando necesariamente los paises latinos en este siglo, hasta que consigan por completo afianzar sobre sólidas bases el imperio de la libertad.

—Contestóte el Sr. Sanchez, manifestando que, en su concepto, la historia y la filosofia del Sr. Pedregal no eran las que convenían á un pensador imparcial, sino propias de un hombre de partido.—Refiriéndose á la participacion que el cardenal Woelsey pudo haber tenido en el divorcio de Enrique VIII, dijo que aquel no había preparado al rey al divorcio, ántes por el contrario, con sus buenos consejos había tratado de retardarlo todo lo posible.—En cuanto á los documentos citados por el Sr. Pedregal y á la famosa carta de Fray Diego Fernandez, pone en duda su autenticidad.—Niega las matanzas y atrocidades que el Sr. Pedregal había atribuido á los católicos de Irlanda sobre los protestantes. Niega tambien que puede calificarse á Carlos II y á Jacobo II de tiranos ó déspotas, pues estos reyes suavizaron, á su juicio, muchas de las crueles leyes que la revolucion había establecido.—Afirma que la pérdida de la libertad, como de todas las grandes instituciones, está en la sofistería y en la adulacion, pues la libertad, como los reyes, tiene sus aduladores el dia del vencimiento.—Manifiesta que no ha habido hasta muy recientemente tolerancia religiosa en Inglaterra, porque la Iglesia anglicana no ha dejado de perseguir á todas las demas sectas.—Defendiendo despues á la Inquisicion de los ataques que la dirigiera el Sr. Pedregal, expresa que los procedimientos de este tribunal eran mucho más justificados que los de los demas tribunales que entónces existían, aduciendo como prueba de ello el que Antonio Perez no dudó en entregarse á la severa Inquisicion de Aragon.

Los famosos reglamentos de Torquemada si hoy se leyeran serían aplaudidos por los hombres más liberales; y en cuanto á su intolerancia, afirma que la Inquisicion en Inglaterra ha sido más cruel é intolerante que la nuestra.

Rectificó brevemente el Sr. Pedregal, y despues el Sr. Sanchez.

Madrid 14 de Diciembre de 1876.

SECCION DE LITERATURA.

Estado actual de la poesia en España.

El Sr. Reus lamentó, ante todo, que no se hubiese formulado el tema, como el de la dramática, en forma interrogativa, sino como cuestion crítica general; entendiendo que, acaso por no haberlo hecho así, no se habían manifestado tendencias cla-

ras y distintas, que habrían hecho la discusión más concreta y al propio tiempo más animada y sostenida. Que los discursos habían girado constantemente, más que sobre el punto capital, sobre otras cuestiones pertinentes al tema, relativas y generales, tales como la del fondo y de la forma en el arte.

Dijo que la lírica, representación subjetiva de las cosas, como había dicho Hegel, se había resentido en lo antiguo de la falta de libertad y del influjo de la imitación, y que por esta causa la lírica del siglo XVI había sido medio lírica y medio épica, y en gran parte convencional y formularia. Y por lo que respecta á nuestra época, si bien es verdad que lo mismo se vestían ideas nuevas con ropaje viejo como ideas antiguas con el de nuestro tiempo, se había adelantado como nunca en espontaneidad y en riqueza.

Pasando luego á preguntar si estaba ó no en decadencia la lírica á la hora presente, aseguró que, lejos de existir semejante decadencia, había alcanzado tal florecimiento y esplendor, que sería menester cerrar los ojos á la luz para no reconocerlo.

A la poesía formulista y cortesana del Renacimiento, excepto en algunos poetas como Fray Luis de León, Herrera, Rioja y Quevedo (y áun estos sólo en ciertas composiciones), había sucedido una poesía verdaderamente lírica subjetiva, progresivamente independiente, y cada vez más adecuada á sus fines; primero con el clasicismo de los Quintanas y Listas, después con el romanticismo de los Zorrillas y Esproncedas, y luego con las nuevas corrientes que representaban Campoamor, Tassara, Becquer, Selgas, Ruiz Aguilera, Arolas, Grilo, Nuñez de Arce y otros muchos.

Con semejantes poetas, decía el Sr. Reus, ¿cómo es posible preguntar siquiera si estamos ó no en decadencia? Y añadía: ¿Sería por carencia de ideales, ya que no por falta de poetas? Tocante á esta cuestión, entendía el Sr. Reus que no había semejante carencia de ideales, como aseguraba cierto pesimismo exagerado impropio de nuestro siglo, y que en vano pugna por imponer su deletérea influencia. Que los ideales de la poesía, áun cuando históricamente se transformen, son eternos; que hoy, como ayer, la religión, la patria, la naturaleza, el alma humana inspiran al poeta; que no ha muerto ninguno de los géneros poéticos, ántes bien subsisten, acrecentados con otros nuevos, hijos de nuestra edad, como, por ejemplo, la poesía política, cultivada entre nosotros con grande acierto por Tassara, Nuñez de Arce y otros; y que, áun suponiendo que el mundo exterior dejase de hablar al poeta, no por eso dejaría éste de tener ideales, porque le quedarían áun, agitando y encendiendo perpetuamente su espíritu, sus pasiones, sus esperanzas y sus recuerdos.

Tratando después de las cuestiones incidentales que más habían debatido oradores precedentes, esto es, la de fondo y forma, y la de la poesía didáctica, dijo en suma: que, respecto á la primera, no acertaba á comprender ese antagonismo que habían pretendido establecer algunos y que no atinaba á separar el fondo de la forma, por ejemplo, en el Moisés de Miguel Ángel ó en la Concepción de Murillo; y es que en la realidad no existe semejante separación, ni cabe establecerla sino acudiendo á abstracciones más ó menos ingeniosas y sutiles. Y, por lo que respecta á la poesía didáctica, el Sr. Reus creía que las poesías no tienen por naturaleza, en

ninguno de sus géneros esenciales, semejante fin docente, y que enseñaban indirectamente por las eternas relaciones de lo bello con lo verdadero y con lo bueno.

—Instado por la presidencia el Sr. Gonzalez Serrano á tomar parte en la discusión, usó de la palabra, y empezó su discurso defendiendo la trascendencia del Arte, que como *forma de la vida ó fin de la vida*, aunque no fin docente, no podía menos de tener trascendencia, y trascendencia suma para la misma vida. Que el arte no estaba, pues, en la forma, como había dicho el Sr. Valera; y á este fin recordó que el mismo Sr. Valera, á renglón seguido, contradecía su misma afirmación al decir que Bismark planteaba en el terreno de los hechos la patria alemana que idealmente habían visto y cantado Schiller y Goethe.

Pasando á tratar después del arte moderno, le asignaba como carácter distintivo *el de la conciencia leal consigo misma en la lucha gigantesca del siglo*, gráficamente personificada en el Fausto de Goethe, y como él, harta del pasado, cansada del presente y recelosa del porvenir. Creía que, efecto de esta gran indecisión, unos poetas se inclinaban más al pasado, otros al presente y otros al porvenir, pero apoyándose más que nunca en su propia conciencia y en las inspiraciones de su propio espíritu, cualquiera que fuese el ideal que cantasen.

¿Cómo se produce el arte? preguntaba el señor Gonzalez Serrano. Se produce el arte, respondía, mediante el concurso de las fuerzas y facultades humanas, y se produce en la fantasía, espiritualizándose los elementos sensibles y corporeándose idealmente el espíritu. Que cuando al idealizar los elementos reales se supeditaba á ellos el poeta, nacía la épica, y que cuando no existía tal importancia, cuando el poeta le imponía su idiosincrasia propia, nacía la lírica.

De esta conclusión infería el Sr. Gonzalez Serrano el maravilloso progreso de la lírica en nuestra época, porque el poeta puede en ella personalizarse más, porque le es dado levantar más libremente el vuelo de su inspiración y reflejar los estados de su espíritu sin la forzosa sujeción á ideales externos y preconcebidos en que vivían los antiguos poetas. Que este visible progreso de la lírica podrá seguirse con facilidad desde Quintana á Campoamor, por ejemplo.

Con este motivo, volvía el Sr. Gonzalez Serrano á plantear la trascendencia del arte, deduciendo de sus consideraciones anteriores nuevas pruebas en pró de aquella trascendencia, esto es, de que no estaba en el encanto que pudiera producirnos la forma artística; que había en ellas un *más allá*, algo que se manifestaba, y que este algo era el fondo, la concepción interna y personal del poeta, la realidad subjetivada por él en su espíritu; concluyendo con aquella palabra de Goethe, al ser excitado á secundar en su patria á los revolucionarios franceses: «Huyamos del presente; preparemos ante todo la patria querida, nuestra ciudad ideal.»

Hablaron después brevemente los Sres. Lozano y Rodriguez Correa, y se levantó la sesión, anunciándose para la próxima el resumen de estos debates que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores en el primer lugar del presente número.

Madrid, 9 de Diciembre de 1876.

UN LIBRO IMPORTANTE.

LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO, TRADUCIDAS EN OCTAVAS REALES POR D. NORBERTO PEREZ DE CAMINO, SEGUIDAS DE UN «ARTE POÉTICA», ORIGINAL DEL MISMO AUTOR, Y PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SR. D. MANUEL ALONSO MARTINEZ.—UN TOMO EN 8.º, EDICION DE LUJO, SANTANDER, 1876.

Las obras maestras de la antigüedad sin buenos traductores, podrían compararse á los vestigios que han dejado las edades estampados en las rocas, las cuales son crónicas vivas y elocuentes para unos cuantos sabios naturalistas que tienen el envidiable privilegio de leer en ellas las grandes y maravillosas evoluciones del globo terráqueo; pero piedras informes, pedazos de tierra inerte y sin valor alguno, testigos mudos de las transformaciones terrestres, para el resto de la humanidad.

Así dice el Sr. Alonso Martínez en el breve y elegante prólogo que ha puesto al admirable trabajo de su difunto tío el Sr. Perez de Camino; y por cierto que no cabe comparación más exacta, aplicándola á las *Geórgicas de Virgilio*, á pesar de las varias traducciones que existían. Fray Luis de Leon, Juan de Guzman, Cristóbal de Mesa y el maestro Diego Lopez, habían publicado traducciones en prosa muy apreciables en su época, pero desprovistas hoy de todos los elementos que hace necesarios el gusto moderno. En tiempos recientes, D. Eugenio de Ochoa ha publicado otra traducción sin más pretensiones que la de ayudar á comprender y saborear el texto de Virgilio; versión apreciable, pero hecha en prosa, y sabido es que la prosa no puede llegar á expresar por completo todas las delicadezas de una poesía como la del cantor de Mesala.

Conformes con el Sr. Alonso Martínez en la mayor parte de sus apreciaciones, no hemos de imitarle, sin embargo, en la especie de frialdad con que presenta la obra del Sr. Perez de Camino, frialdad que sólo puede justificarse por la circunstancia de su parentesco con el autor. El Sr. Alonso Martínez no hace el más ligero juicio crítico de la traducción, ni emite las frases encomiásticas que tal obra merece; y aunque nosotros tampoco hemos de hacer ahora lo primero, no podemos dispensarnos de lo segundo en cumplimiento del deber que tenemos contraído con el público.

La traducción de Perez de Camino, no sólo es la mejor que se ha publicado, sino que revela un poeta eminente, desconocido mientras vivió, á causa de su gran modestia, y que sólo la tumba y el cuidado con que guardaba sus manuscritos, ha podido sustraerle á los aplausos de sus contemporáneos. Aunque póstumos, digámoslo así, hoy se los tributan sinceros y espontáneos las personas ilustradas, y esta es la mejor recompensa que podía tener el Sr. Alonso Martínez por dar á luz las *Geórgicas de Virgilio*, las *Elegías de Tibulo* del mismo traductor que publicó antes, las *Poesías de Catulo* que parece se están imprimiendo, y no sabemos si algún otro trabajo, fruto de la constancia y del talento del Sr. Perez de Camino.

Hé aquí un poeta para quien el juicio público y la posteridad empiezan en un mismo día. Dicción clara, elegante y pura; fidelidad en el concepto y en la expresión poética; inspiración constante, digámoslo así, para recoger y conservar las más su-

tiles delicadezas del autor; en una palabra, trabajo detenido y concienzudo como pocos, ¿qué más puede pedirse á un traductor?

No tememos, pues, que se nos tache de exagerados si decimos que la publicación de las *Geórgicas de Virgilio* traducidas por D. Norberto Perez de Camino, es un verdadero acontecimiento literario, por el cual debemos inmenso agradecimiento al eminente hombre público que, aun rodeado de las agitaciones inherentes á la vida política, tiene tiempo y gusto para honrar la memoria de un pariente y las letras patrias con una publicación como la que nos ocupa. Si esto es ser simplemente aficionado en literatura, como se considera á sí mismo el señor Alonso Martínez, preciso es confesar que no harían otro tanto, en iguales circunstancias, algunos literatos de profesión, aun disponiendo de los medios necesarios.

A las *Geórgicas*, sigue en el elegante tomo á que nos referimos, un *arte poética* escrita por el Sr. Perez de Camino siete años antes que diera á luz la suya Martínez de la Rosa. Permitásenos concluir estos apuntes, copiando algunas octavas del canto VI de este poema, canto dedicado por el Sr. Perez de Camino á dar consejos á los poetas.

Mil artes sufrirán grados diversos
Que pueden ocuparse sin desdoro.
No á Ronci negarán votos adversos,
Aunque no sea un Loli, arco sonoro.
Mas en el arte bello de hacer versos
Escoria es infeliz lo que no es oro.
Quien no sube á la cumbre, ingenio oscuro
Se arrastra con Gobeo en polvo impuro.

Si á mí te presentaras simple humano,
Verte imperfecto sér no admiraría,
Mas cuando, desatando un labio ufano,
Te dices el amor del Dios del día,
El eco de su acento soberano,
¿Quién podrá en tí sufrir la medianía?
Háblame como un dios, si un dios te inspira,
Y si nó, audaz mortal, rompe tu lira.

No hagas el distraído y silencioso,
Ni tomes un aspecto extravagante;
Descubre este aparato artificioso
La pueril suficiencia de un pedante.
Ni por eso serás más armonioso,
Ni por eso serás más elegante;
Serás risible autor, y harás que dura
Se agrade en perseguirte la censura.

Cultiva la amistad, muéstrate urbano.
Honrada sociedad blando frecuenta.
No hagas de tu palabra un juego vano,
Ni grabes en tu honor mortal afrenta.
Cierra tu corazón á ese tirano.
Negro furor de envidia macilenta,
Que del sagrado monte la serena
Cima convierte en turbulenta arena.

Aunque el dulce Batilo, suave Orfeo,
Suspenda del Pisuerga los raudales,
¿Por qué, si bellos son, dulce recreo
Tus versos no serán de los mortales?
¿Quieres ahogando un sentimiento feo,
Vengarte con honor de tus rivales?
Deja el pérfido oficio de mordellos,
Y haz resonar la lira mejor que ellos.

E. M.